

DAVID DIOP

Hermanos de alma



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

HERMANOS DE ALMA

DAVID DIOP



ANAGRAMA

Panorama de narrativas

Título de la edición original:
Frère d'âme

Edición en formato digital: noviembre de 2019

© imagen de cubierta, Corrado Bosi

© de la traducción, Rubén Martín Giráldez, 2019

© David Diop. Por acuerdo con So Far So Good Agency, 2018

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2019
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4104-6

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

*A mi primera lectora, mi esposa,
de ojos bañados de luz lúcida;
tres pepitas negras sonrían en tus iris.
A mis hijos, tantos como los dedos de una mano.
A mis padres, pasadores de vida mestiza.*

Nos abrazamos por nuestros nombres.

MONTAIGNE, «De la amistad», *Ensayos*, Libro 1

Quien piensa traiciona.

PASCAL QUIGNARD, *Morir por pensar*

Soy dos voces simultáneas.

Una se aleja y la otra crece.

CHEIKH HAMIDOU KANE, *La aventura ambigua*

I

—... lo sé, lo he entendido, no debería haberlo hecho. Yo, Alfa Ndiaye, hijo de un hombre viejísimo, lo he entendido, no debería haberlo hecho. Por la verdad de Dios, ahora lo sé. Mis pensamientos no pertenecen a nadie más que a mí, puedo pensar lo que quiera. Pero no pienso hablar. Todos aquellos a quienes habría podido contarles mis pensamientos secretos, todos mis hermanos de armas que andarán desperdigados, desfigurados, mutilados, destripados, de tal manera que a Dios le dará vergüenza verlos llegar a su Paraíso o el Diablo se alegrará de acogerlos en su Infierno, no habrán sabido quién soy verdaderamente. Los supervivientes no sabrán nada, mi anciano padre no sabrá nada y mi madre, si es que sigue en este mundo, no lo adivinará. El peso de la vergüenza no se añadirá al de mi muerte. No se imaginarán lo que pensé, lo que hice, hasta dónde me llevó la guerra. Por la verdad de Dios, el honor de la familia estará a salvo, el honor de fachada.

Lo sé, lo he entendido, no debería haberlo hecho. En el mundo de antes, no me habría atrevido, pero en el mundo de hoy, por la verdad de Dios, me he permitido lo impensable. Ninguna voz se ha alzado dentro de mi cabeza para prohibírmelo: las voces de mis ancestros, las de mis padres se callaron cuando pensé en hacer lo que he terminado haciendo. Ahora lo sé, te juro que lo entendí todo cuando se me ocurrió que podía pensarlo todo. Me vino así, sin más, me cayó encima brutalmente del cielo metálico como una tremenda granizada de guerra, el día que murió Mademba Diop.

¡Ay! A Mademba Diop, mi más que hermano, le costó bastante tiempo morir. Fue muy muy difícil, no se acababa, desde la mañana temprano hasta la noche, con las tripas al aire, lo de dentro fuera, como un cordero descuartizado por el carnicero ritual tras el sacrificio. Todavía no se había muerto Mademba y ya tenía el interior del cuerpo por fuera. Mientras los demás se refugiaban en esas llagas mayúsculas de la tierra que llaman trincheras, yo me quedé junto a Mademba, tumbado a su lado, con la mano derecha en su mano izquierda, mirando el cielo azul frío surcado de metal. Tres veces me pidió que acabase con él, tres veces me negué. Eso fue antes, antes de autorizarme yo a pensarlo todo. Si entonces hubiera sido como he llegado a ser, lo habría matado la primera vez que me lo pidió, la cabeza vuelta hacia mí, la mano izquierda en mi mano derecha.

Por la verdad de Dios, si ya me hubiese convertido en quien soy ahora, lo habría degollado como a un cordero de sacrificio, por amistad. Pero pensé en mi anciano padre, en mi madre, en la voz interior que ordena, y no supe cortar el alambre de púas de su sufrimiento. No fui humano con Mademba, mi más que hermano, mi amigo de la infancia. Dejé que el deber dictase mi elección. No le brindé más que pensamientos erróneos, pensamientos dirigidos por el deber, pensamientos recomendados por el respeto a las leyes humanas, y no fui humano.

Por la verdad de Dios, dejé que Mademba llorase como un niño, la tercera vez que me suplicó que acabase con él, haciéndoselo encima, tanteando el suelo para juntar sus tripas desparramadas, pegajosas como culebras de agua dulce. Me dijo: «¡Por la gracia de Dios y por la de nuestro gran morabito, si eres mi hermano, Alfa, si de verdad eres quien pienso, degüéllame como a un cordero de sacrificio, no dejes que el hocico de la muerte me devore el cuerpo! No me abandones a esta porquería. Alfa Ndiaye... Alfa..., te lo suplico..., ¡degüéllame!»

Pero justamente porque me habló de nuestro gran morabito, justamente para no infringir las leyes de nuestros ancestros, no fui humano y dejé a Mademba, mi más que hermano, mi amigo de la

infancia, morir con los ojos llenos de lágrimas, la mano temblorosa, ocupado buscando en el barro del campo de batalla sus entrañas para volver a metérselas en el vientre abierto.

¡Ay, Mademba Diop!, hasta que no te apagaste no empecé de verdad a pensar. Hasta que no llegó tu muerte, con el crepúsculo, no supe, no comprendí que no volvería a escuchar la voz del deber, la voz que ordena, la voz que impone el camino. Pero era demasiado tarde.

Cuando estuviste muerto, las manos por fin inmóviles, por fin apaciguado, por fin salvado del sucio sufrimiento por medio de tu último aliento, lo único que pensé fue que no debería haber esperado. Comprendí demasiado tarde de golpe que debería haberte degollado en cuanto me lo pediste, cuando aún tenías los ojos secos y la mano izquierda dentro de la mía. No debí dejarte sufrir como un viejo león solitario, comido vivo por las hienas, con lo de dentro fuera. Te dejé suplicarme por motivos equivocados, por pensamientos consabidos, demasiado bien contruidos para ser honestos.

¡Ay, Mademba!, ¡cómo me arrepentí de no haberte degollado en la madrugada de la batalla cuando me lo pedías todavía amablemente, amigablemente, con una sonrisa en la voz! Degollarte en aquel momento habría sido la última buena broma que te habría gastado en vida, una manera de quedar como amigos para la eternidad. Pero en vez de actuar te dejé morir insultándome, llorando, babeando, vociferando, cagándote encima como un niño loco. En nombre de no sé qué leyes humanas, te abandoné a tu suerte miserable. Tal vez para salvar mi alma, tal vez para seguir siendo como quisieron que fuese ante Dios y ante los hombres aquellos que me criaron. Pero ante ti, Mademba, no fui capaz de ser un hombre. Te dejé maldecirme, amigo mío, a ti, mi más que hermano, te dejé vociferar, blasfemar, porque no sabía aún pensar por mí mismo.

Pero tan pronto como estuviste muerto en mitad de un estertor, en medio de tus entrañas al aire, amigo mío, mi más que hermano,

tan pronto como estuviste muerto, supe, comprendí, que no debería haberte abandonado.

Esperé un poco, tumbado junto a tus restos mirando pasar por el cielo de la tarde, azul profundamente azul, la cola destellante de las últimas balas trazadoras. Y cuando el silencio se asentó en el campo de batalla bañado en sangre, comencé a pensar. Ya no eras más que un montón de carne muerta.

Me puse a hacer lo que tú no habías logrado durante todo el día porque te temblaba la mano. Reuní con profundo recogimiento tus entrañas todavía calientes y te las coloqué dentro del vientre, como en una vasija sagrada. En la penumbra creí ver que me sonreías y decidí llevarte a casa. En medio del frío de la noche, me quité la chaqueta y la camisa del uniforme. Pasé la camisa bajo tu cuerpo y te anudé fuerte las mangas sobre la barriga, un nudo doble muy muy apretado que se manchó de tu sangre negra. Te cogí por debajo de los brazos y te arrastré hasta la trinchera. Te llevé en brazos como a un niño, mi más que hermano, mi amigo, y caminé y caminé sin parar por el barro, por las grietas abiertas por los obuses, llenas de agua asquerosamente sanguinolenta, espantando a las ratas que salían de sus subterráneos para alimentarse de carne humana. Y, llevándote en brazos, empecé a pensar por mí mismo pidiéndote perdón. Supe, comprendí demasiado tarde, lo que debería haber hecho cuando me lo pedías con los ojos secos, como se pide ayuda a un amigo de la infancia, como algo debido, sin ceremonias, amablemente. Perdóname.

II

Caminé mucho rato por las grietas, con Mademba en brazos, que pesaba como un niño dormido. Objetivo ignorado de los enemigos, estaba enviscado bajo la luz de la luna llena y llegué al agujero mayúsculo de nuestra trinchera. Y, vista de lejos, nuestra trinchera se me antojó como dos labios entreabiertos del sexo de una mujer inmensa. Una mujer abierta, ofrecida a la guerra, a los obuses y a nosotros, los soldados. Es la primera cosa inconfesable que me permití pensar. Antes de la muerte de Mademba, jamás me habría atrevido a imaginarme algo semejante, decirme a mí mismo que veía la trinchera como un sexo femenino desmesurado que iba a acogernos, a Mademba y a mí. Lo de dentro de la tierra estaba fuera, lo de dentro de mi espíritu estaba fuera, y supe, entendí, que podía pensar lo que me diese la gana a condición de que los demás no se enterasen de nada. Entonces encerré mis pensamientos dentro de mi cabeza tras haberlos observado de muy cerca. Extraños.

Me acogieron en el vientre de la tierra como a un héroe. Había caminado bajo la luna clara, abrazando a Mademba, sin darme cuenta de que una larga lazada de su intestino se había salido de mi camisa anudada alrededor de su cintura. Cuando vieron el desastre humano que traía en brazos dijeron de mí que era valiente y fuerte. Dijeron que ellos no habrían sido capaces. Que a lo mejor habrían abandonado a Mademba Diop a las ratas, que no se habrían atrevido con profundo recogimiento a colocar de nuevo sus entrañas en la vasija sagrada de su cuerpo. Dijeron que no lo habrían cargado tanta distancia bajo un claro de luna tan deslumbrante a la

vista y con el enemigo alerta. Dijeron que me merecía una medalla, que me darían la cruz de guerra, que mi familia estaría orgullosa de mí, que Mademba, que me contemplaba desde el cielo, estaría orgulloso de mí. Incluso Mangin, nuestro general, estaría orgulloso de mí. Y entonces pensé que la medalla me daba igual, pero que nadie lo sabría. Nadie sabría tampoco que Mademba me había suplicado tres veces que acabase con él, que yo había hecho oídos sordos a sus tres súplicas, que había sido inhumano por obediencia a las voces del deber. Pero ahora yo era libre y podía elegir no volver a escucharlas, no volver a obedecer a esas voces que ordenan no ser humanos cuando deberíamos serlo.



En la trinchera, yo vivía como los demás, bebía, comía como los demás. Cantaba a veces como los demás. Desafino y todo el mundo se ríe cuando canto. Me decían: «Vosotros los Ndiaye no sabéis cantar.» Se burlaban un poco de mí, pero me respetaban. No sabían lo que pensaba yo de ellos. Los consideraba tontos, me parecían idiotas porque no piensan en nada. Soldados blancos o negros, siempre dicen «sí». Cuando les ordenan que salgan de la trinchera protectora para atacar al enemigo al descubierto, dicen «sí». Cuando les mandan que hagan el salvaje para meter miedo al enemigo, dicen «sí». El capitán les contó que los enemigos tenían miedo de los negros salvajes, de los caníbales, de los zulús, y ellos se rieron. Les alegra que los enemigos de enfrente les tengan miedo. Les alegra olvidarse de su propio miedo. Entonces, cuando salen de la trinchera con el fusil en la mano izquierda y el machete en la derecha, saltando del vientre de la tierra ponen ojos de loco. El capitán les dijo que eran grandes guerreros, de modo que les encanta que los maten cantando, de modo que rivalizan entre ellos en locura. Un Diop no querría que se dijera de él que es menos valiente que un Ndiaye, y por eso en cuanto el silbato estridente del capitán Armand lo ordena sale de su agujero vociferando como un salvaje. La misma rivalidad que entre los Keïta y los Soumaré. O entre los Diallo y los Faye, los Kane y los Thioune, los Diané, los Kourouma, los Bèye, los Fakoli, los Sall, los Dieng, los Seck, los Ka, los Cissé, los Ndour, los Touré, los Camara, los Ba, los Fall, los Coulibaly, los Sonko, los Sy, los Cissokho, los Dramé, los Traoré. Todos morirán sin pensar porque el capitán Armand les dijo:

«Vosotros, los chocolates del África negra, sois por naturaleza los más valientes entre los valientes. Francia, agradecida, os admira. ¡Los periódicos no hablan más que de vuestras hazañas!» De modo que les encanta salir disparados para hacerse masacrar con más ganas, gritando como locos furiosos, con el fusil reglamentario en la mano izquierda y el machete salvaje en la mano derecha.

Pero yo, Alfa Ndiaye, he entendido a la perfección las palabras del capitán. Nadie sabe lo que pienso, soy libre de pensar lo que quiera. Lo que pienso es que no quieren que piense. Lo impensable está escondido tras las palabras del capitán. La Francia del capitán necesita que hagamos el salvaje cuando convenga. Necesita que seamos salvajes porque los enemigos tienen miedo de nuestros machetes. Lo sé, lo he entendido, no tiene mucha más complicación. La Francia del capitán necesita nuestro salvajismo y como nosotros somos obedientes, los demás y yo, hacemos el salvaje. Cercenamos las carnes enemigas, mutilamos, decapitamos, destripamos. La única diferencia entre mis camaradas los tuculores y los sereres, los bambaras y los mandingas, los susus, los hausas, los mossis, los markas, los soninkés, los senufos, los bobos y el resto de los wólofs, la única diferencia entre ellos y yo es que yo me he vuelto salvaje por reflexión. Ellos solo hacen teatro cuando salen de la tierra, yo solo hago teatro con ellos, en la trinchera protectora. Entre nosotros, reía y hasta cantaba desafinando, pero me respetaban.

En cuanto salía de la trinchera veloz, en cuanto la trinchera me paría pegando berridos, a los enemigos no les quedaba otra que prepararse. Yo nunca volvía cuando tocaban a retirada. Volvía a la trinchera más tarde. El capitán lo sabía, me dejaba hacer, asombrado de que regresara siempre vivo, siempre sonriente. Me dejaba hacer, incluso cuando volvía tarde, porque llevaba trofeos a la trinchera. Llevaba un botín de guerra salvaje. Llevaba siempre al final de la batalla, ya fuera noche cerrada o noche bañada de luna y de sangre, un fusil enemigo con la mano de su dueño. La mano que lo había sujetado, la mano que lo había apretado, la mano que lo había limpiado, la mano que lo había engrasado, la mano que lo

había cargado, descargado y recargado. De manera que, una vez que habían tocado a retirada, el capitán y los camaradas que habían vuelto a enterrarse vivos en la protección húmeda de nuestra trinchera se planteaban dos preguntas. Primera: «¿Volverá vivo Alfa Ndiaye?» Y segunda: «¿Volverá con un fusil y la mano enemiga que lo sujetaba?» Y yo siempre volvía a la matriz de la tierra después que el resto, a veces bajo el fuego enemigo, hiciese viento, lloviera o nevase, como dice el capitán. Y siempre llevaba un fusil enemigo y la mano que lo había sujetado, apretado, limpiado, engrasado, la mano que lo había cargado, descargado y recargado. Y el capitán y mis camaradas supervivientes que se planteaban siempre dos preguntas en las noches de los ataques se ponían contentos cuando oían los disparos y los gritos enemigos. Se decían: «Mira, Alfa Ndiaye ya vuelve a casa. Pero ¿traerá un fusil con la mano cortada correspondiente?» Un fusil, una mano.

De regreso en casa con mis trofeos, veía que estaban muy muy satisfechos de mí. Me habían esperado para cenar, me habían guardado colillas de tabaco. Realmente estaban tan felices de verme volver que nunca me preguntaron cómo lo hacía, cómo me agenciaba aquel fusil enemigo y aquella mano cortada. Estaban muy contentos de que volviese porque me apreciaban. Me había convertido en su tótem. Mis manos les confirmaban que seguían vivos un día más. Nunca me preguntaban tampoco qué había hecho con el resto del cuerpo. No les interesaba cómo había atrapado al enemigo. Cómo había cortado la mano tampoco. Lo que les interesaba era el resultado, el salvajismo. Y se partían de risa conmigo pensando que desde hacía un tiempo los enemigos de enfrente debían de tener mucho mucho miedo de que les cortasen la mano. Y eso que el capitán y mis amigos no sabían cómo los atrapaba ni qué hacía con el resto del cuerpo en el momento. No se imaginaban ni una cuarta parte de lo que les hacía, no se imaginaban ni una cuarta parte del miedo de los enemigos de enfrente.

Cuando salgo del vientre de la tierra soy inhumano por decisión propia, me vuelvo un poco inhumano. No porque me lo haya

ordenado el capitán, sino porque yo lo he pensado y lo he querido. Cuando salto vociferando de la matriz de la tierra no tengo intención de matar a muchos enemigos de enfrente, sino de matar solo a uno, a mi manera, tranquilamente, con calma, lentamente. Cuando salgo de la tierra, con mi fusil en la mano izquierda y mi machete en la mano derecha, no me preocupo mucho de mis camaradas. Ya no los conozco. Caen a mi alrededor, de bruces, uno a uno, y yo corro, disparo y me tiro al suelo boca abajo. Corro, disparo y repto bajo las alambradas. Es posible que a fuerza de disparar haya matado a un enemigo por casualidad, realmente sin querer. Es posible. Pero lo que quiero yo es el cuerpo a cuerpo. Por eso corro, disparo, me tiro al suelo boca abajo y repto para llegar lo más cerca posible del enemigo de enfrente. Cuando veo su trinchera, sigo arrastrándome, luego, poco a poco, casi no me muevo. Me hago el muerto. Espero tranquilamente para atrapar a uno. Espero a que salga uno de su agujero. Espero la tregua de la noche, la relajación, que se acaben los disparos.

Siempre sale alguno del agujero de obús donde se ha refugiado para volver a su trinchera, hacia la noche, cuando ya nadie dispara. Entonces, con mi machete, le corto una corva. Es fácil, me cree muerto. El enemigo de enfrente no me ve, un cadáver entre cadáveres. Para él, regreso de entre los muertos para matarlo. Entonces el enemigo de enfrente tiene tanto miedo que no chilla cuando le sajo la corva. Se desploma y ya está. Entonces lo desarmo, luego lo amordazo. Le ato las manos a la espalda.

A veces es fácil. Otras es más difícil. Algunos no se dejan. Algunos no se quieren creer que van a morir, algunos forcejean. Entonces los dejo inconscientes sin hacer ruido porque solo tengo veinte años y soy, como dice el capitán, una fuerza de la naturaleza. Después los agarro por una manga del uniforme o por una bota y tiro de ellos suavemente arrastrándolos por la tierra de nadie, como dice el capitán, entre las dos grandes trincheras, por los agujeros de obús, por los charcos de sangre. Haga viento, llueva o nieve, como dice el capitán, espero a que se espabile, espero pacientemente a que el enemigo de enfrente se espabile si lo he dejado inconsciente.

Si no, si aquel al que he arrastrado al agujero de obús se ha dejado hacer pensando engañarme, espero a recuperar el aliento. Espero a que ambos nos calmemos. Mientras espero, le sonrío a la luz de la luna y de las estrellas, para que no se ponga demasiado nervioso. Pero cuando le sonrío, noto que se pregunta: «Pero ¿qué quiere de mí este salvaje? ¿Qué quiere hacer conmigo? ¿Se me querrá comer? ¿Me querrá violar?» Soy libre de imaginarme lo que piensa el enemigo de enfrente porque lo sé, lo he entendido. Observando los ojos azules del enemigo, veo a menudo el pánico a la muerte, al salvajismo, a la violación, a la antropofagia. Veo en sus ojos lo que le han contado de mí y lo que ha creído sin que nos hayamos cruzado antes. Pienso que al verme observarle sonriendo se dice que no le han mentado, que con esos dientes blancos en la noche, con o sin luna, voy a comérmelo vivo o algo todavía peor.

Lo terrible es cuando, una vez recuperado el aliento, desnudo al enemigo de enfrente. Cuando desabotono la chaqueta de su uniforme, ahí veo cómo se empañan los ojos azules del enemigo. Ahí noto que tiene miedo de lo peor. Sea valiente o asustadizo, intrépido o cobarde, cuando le desabrocho el uniforme, y luego la camisa, para desnudarle la barriga blanca por completo bajo el claro de luna o bajo la lluvia, o bajo la nieve que cae suavemente, noto los ojos del enemigo de enfrente apagarse un poco. Todos igual, los altos, los bajos, los grandes, los valientes, los cobardes, los orgullosos, cuando me ven contemplar su barriga blanca que palpita, se les apaga la mirada. Todos igual.

Entonces me recojo un poco y pienso en Mademba Diop. Y cada vez oigo en mi cabeza cómo me suplica que lo degüelle y pienso que fui inhumano dejándole suplicarme tres veces. Pienso que esta vez seré humano, no esperaré para acabar con mi enemigo de enfrente a que me lo suplique tres veces. Lo que no hice por mi amigo lo haré por mi enemigo. Por humanidad.

Cuando ven que cojo el machete, los ojos azules del enemigo de enfrente se apagan definitivamente. La primera vez, el enemigo de enfrente me pegó una patada antes de tratar de ponerse de pie para huir. Desde entonces, tengo cuidado de atarle los tobillos al enemigo

de enfrente. Y por eso, en cuanto tengo el machete en la mano derecha, el enemigo de enfrente patalea como un loco furioso, pensando que podrá escapárseme. Es imposible. El enemigo de enfrente debería saber que no se me puede escapar de tan apretados que están los nudos, pero aun así lo espera. Lo leo en sus ojos azules como leí en los ojos negros de Mademba Diop la esperanza de que abreviaría su sufrimiento.

La barriga blanca está al aire, sube y baja a sacudidas. El enemigo de enfrente jadea y vocifera de repente en total silencio gracias a la mordaza bien apretada con que le he tapado la boca. Vocifera en total silencio cuando agarro todo lo que tiene dentro del vientre para sacárselo fuera a la lluvia, al viento, a la nieve o al claro de luna. Si en ese momento sus ojos azules no se apagan para siempre, entonces me tumbo a su lado, le giro la cara hacia la mía y lo miro morir un rato, luego lo degüello, pulcramente, humanamente. De noche todas las sangres son negras.

IV

Por la verdad de Dios, el día de su muerte no tardé nada en encontrar a Mademba Diop destripado en el campo de batalla. Lo sé, entendí lo que había pasado. Mademba me lo contó cuando aún no le temblaban las manos, cuando me pedía amablemente, amistosamente, que acabase con él.

Fue en pleno ataque del enemigo de enfrente, el fusil en la mano izquierda y el machete en la mano derecha, estaba en plena acción, en pleno teatro de salvajismo, cuando se topó con un enemigo de enfrente que se hacía el muerto. Se inclinó para observarlo, como de pasada, antes de seguir avanzando. Se paró para observar al enemigo muerto que lo fingía. Lo observó con detenimiento porque a pesar de todo tenía dudas. Un breve instante. La cara del enemigo de enfrente no estaba gris como la de los muertos blancos o negros. Aquel tenía pinta de estar haciendo teatro. Sin piedad, había que acabar con él a machetazos, pensó Mademba. No se podía ser negligente. A aquel enemigo de enfrente medio muerto había que rematarlo por precaución, para no tener que lamentar que a un hermano de armas, que a un camarada que pasara por el mismo camino, le jugasen una mala pasada.

Mientras piensa en sus hermanos de armas, en sus camaradas, a los que hay que salvar del enemigo medio muerto, mientras prevé la mala pasada jugada a otros, a mí quizá, su más que hermano, que lo sigo de bastante cerca, mientras se dice que hay que proteger a los demás, no se preocupa por él. Mademba me contó que el enemigo abrió muchísimo los ojos antes de rajarle el vientre de abajo arriba, con un gesto seco, con la bayoneta que sujetaba

escondida en la mano derecha bajo un faldón de su enorme abrigo. Mademba, todavía sonriente por la jugarreta que le había hecho el enemigo medio muerto, me contó con toda la calma que no había podido hacer nada. Me lo contó al principio, mientras aún no sufría demasiado, poco antes de su primera súplica amistosa de que acabase con él. Su primera súplica dirigida a mí, su más que hermano, Alfa Ndiaye, último hijo del anciano.

Antes de que Mademba pudiese reaccionar, antes de que pudiera vengarse, el enemigo, que todavía conservaba su poco de vida, se escabulló hacia sus líneas. Entre su primera y su segunda súplica, le pedí a Mademba que me describiera al enemigo de enfrente que lo había destripado. «Tiene los ojos azules», me murmuró Mademba, mientras yo estaba tumbado a su lado observando el cielo cizallado de metal. Insistí. «Por la verdad de Dios, lo único que puedo decirte es que tiene los ojos azules.» Insistí una vez y otra más. «¿Es alto, es bajo? ¿Es guapo, es feo?» Y Mademba Diop me respondió cada vez que aquel a quien debía matar no era el enemigo de enfrente, que era demasiado tarde, que el enemigo había tenido su oportunidad de sobrevivir. Al que había que rematar ahora, aquel con quien tenía que acabar, era él, Mademba.

Pero, por la verdad de Dios, no escuché realmente a Mademba, mi amigo de la infancia, mi más que hermano. Por la verdad de Dios, no pensé más que en destripar al enemigo de ojos azules, el medio muerto. No pensé más que en rajar al enemigo de enfrente y desatendí a mi Mademba Diop. Escuché la voz de la venganza. Fui inhumano desde la segunda súplica de Mademba Diop, que me decía: «Olvídate del enemigo de ojos azules. Mátame ahora, porque estoy sufriendo mucho. Somos los dos de la misma quinta, nos circuncidaron el mismo día. Has vivido conmigo, he crecido bajo tu mirada, tú has crecido bajo la mía. De modo que puedes burlarte de mí, puedo llorar delante de ti. Te lo puedo pedir todo. Somos más que hermanos porque nos escogimos como hermanos. Por favor, Alfa, no me dejes morir así, con las tripas al aire, el vientre devorado por el dolor que muerde. No sé si el enemigo de ojos azules es alto,

bajo, guapo o feo. No sé si es joven como nosotros o tiene la edad de nuestros padres. Tuvo su oportunidad, se salvó. Ahora ya no importa. Si eres mi hermano, mi amigo de la infancia, si eres aquel a quien conozco desde siempre, a quien quiero como quiero a mi madre y a mi padre, entonces te suplico por segunda vez que me degüelles. ¿Acaso te divierte oírme gemir como un crío? ¿Contemplar cómo mi dignidad huye de mí avergonzada?»

Pero me negué. ¡Ay! Me negué. Perdona, Mademba Diop, perdona, amigo mío, mi más que hermano, por no haberte escuchado con el corazón. Lo he sabido, lo he entendido, no debería haber vuelto mi espíritu hacia el enemigo de enfrente de ojos azules. Lo sé, lo he entendido, no debería haber pensado en lo que exigía venganza dentro de mi cabeza labrada por tu llanto, sembrada por tus gritos, cuando tú aún no estabas muerto. Y además oía una voz potente e imponente que me obligó a ignorar tu sufrimiento: «No acabes con tu mejor amigo, tu más que hermano. No te corresponde a ti quitar la vida. No te tomes por la mano de Dios. No te tomes por la mano del Diablo. Alfa Ndiaye, ¿serás capaz de presentarte ante el padre y la madre de Mademba sabiendo que eres tú quien ha acabado con él, que eres tú quien ha terminado el trabajo del enemigo de ojos azules?»

No, lo sé, he entendido que no debería haber escuchado esa voz que explotó en mi cabeza. Debería haberla hecho callar cuando aún estaba a tiempo. Ya debería haber empezado a pensar por mí mismo. Debería, Mademba, haber acabado contigo por amistad para que dejases de llorar, de patalear, de retorcerte tratando de meterte dentro del vientre lo que se te había salido, aspirando el aire como un pez recién pescado.

V

Por la verdad de Dios, fui inhumano. No escuché a mi amigo, escuché a mi enemigo. Por eso, cuando agarro al enemigo de enfrente, cuando leo en sus ojos azules los aullidos que su boca no puede lanzar al cielo de la guerra, cuando su vientre abierto ya no es más que una papilla de carne cruda, recupero el tiempo perdido, acabo con el enemigo. A la segunda súplica de sus ojos le sajo la garganta como a los corderos de sacrificio. Lo que no hice por Mademba Diop lo hago por mi enemigo de ojos azules. Por humanidad recobrada.

Y a continuación le quito el fusil tras haberle cortado la mano derecha con el machete. Eso es largo y muy muy difícil. Cuando vuelvo a casa reptando, pasando bajo las alambradas, el barro pegajoso erizado de estacas de madera, cuando vuelvo a nuestra trinchera abierta como una mujer de cara al cielo, voy cubierto de sangre del enemigo de enfrente. Soy como una estatua de barro y sangre mezclados y apesto de tal manera que hasta las ratas huyen de mí.

Mi olor es el olor de la muerte. La muerte tiene el olor de lo de dentro del cuerpo arrojado fuera de la vasija sagrada. Al aire libre, lo de dentro del cuerpo de todo ser humano o animal se corrompe. Del hombre más rico al más pobre, de la mujer más bella a la más fea, del animal más sabio al más bobo, del más poderoso al más débil. La muerte es el olor descompuesto de lo de dentro del cuerpo, y hasta las ratas se asustan cuando me huelen llegar reptando bajo las alambradas. Tienen miedo de ver a la muerte moviéndose, avanzando hacia ellas, así que huyen de mí. Huyen de mí también

en nuestra trinchera, hasta cuando me lavo el cuerpo y la ropa,
hasta cuando creo purificarme.

VI

Mis camaradas, mis amigos de guerra, comenzaron a temerme a partir de la cuarta mano. Al principio se rieron de buen grado conmigo, les divirtió verme volver con un fusil y una mano enemiga. Estaban tan contentos conmigo que hasta pensaron en darme otra medalla. Pero con la cuarta mano enemiga ya no se rieron sinceramente. Los soldados blancos empezaron a decirse, lo leí en sus ojos: «El chocolate este es bien raro.» Los otros, soldados chocolate del África Occidental como yo, empezaron a decirse, y también lo leí en sus ojos: «Este Alfa Ndiaye del pueblo de Gandiol junto a Saint-Louis de Senegal es raro. ¿Desde cuándo es tan raro?»

Los toubabs y los chocolates, como los llama el capitán, continuaron dándome palmaditas en la espalda, pero sus risas y sus sonrisas cambiaron. Empezaron a tenerme mucho mucho mucho miedo. Empezaron a cuchichear a partir de la cuarta mano enemiga.

Con las tres primeras manos era legendario, me vitoreaban al regresar, me daban de comer buenos bocados, me ofrecían tabaco, me ayudaban a lavarme con grandes cubos de agua, a limpiar el uniforme de batalla. Leía el reconocimiento en sus ojos. Yo representaba en su lugar al salvaje exagerado, al salvaje de servicio que obedece órdenes. El enemigo de enfrente tenía que temblar en sus botas y bajo el casco.

Al principio, a mis amigos de guerra no les preocupaba mi olor a muerte, mi olor a carnicero de carne humana, pero a partir de la cuarta mano empezaron a no soportarme. Continuaron dándome buenos bocados, ofreciéndome colillas recolectadas aquí y allá,

prestándome una manta para calentarme, pero poniéndose una máscara sonriente sobre sus caras de soldados horrorizados. Dejaron de ayudarme a lavarme con grandes cubos. Dejaron que me lavara el uniforme de batalla solo. De repente ya nadie me daba palmaditas en la espalda riéndose. Por la verdad de Dios, me volví intocable.

Entonces, me reservaron una escudilla, un bote, un tenedor y una cuchara que me dejaron en un rincón del refugio. Cuando volvía muy tarde de noche los días de ataque, mucho después que los otros, hiciese viento, lloviera o nevase, como dice el capitán, el cocinero me pedía que fuese a buscar mis cosas. Cuando me servía la sopa tenía mucho mucho cuidado de que su cucharón no tocase ni el fondo, ni los bordes, ni el reborde de mi escudilla.

Corrió el rumor. Corrió mientras se desnudaba. Poco a poco, se fue volviendo impúdico. Bien vestido al principio, bien adornado al principio, bien trajeado, bien condecorado, el muy descarado del rumor terminó por correr con el culo al aire. No me di cuenta enseguida, no lo distinguía bien, no sabía qué era lo que maquinaba. Todo el mundo lo veía correr por delante, pero nadie me lo describía realmente. Pero al final sorprendí algunas palabras cuchicheadas y supe que el raro se había convertido en el loco, luego que el loco se había convertido en el hechicero. Soldado hechicero.

Que nadie me diga que no se necesitan locos en el campo de batalla. Por la verdad de Dios, el loco no tiene miedo de nada. Los demás, blancos o negros, se hacen los locos, representan la comedia de la locura furiosa para poder lanzarse tranquilamente bajo las balas del enemigo de enfrente. Esto les permite correr por delante de la muerte sin tener demasiado miedo. Hay que estar loco para obedecer al capitán Armand cuando silba la señal de ataque sabiendo que casi no se tiene ninguna posibilidad de regresar con vida. Por la verdad de Dios, hay que estar loco para desgajarse del vientre de la tierra vociferando como un salvaje. Las balas del enemigo de enfrente, la tremenda granizada cayendo del cielo de metal, no tienen miedo de los berridos, no tienen miedo de atravesar

cabezas, la carne, ni de romper huesos o segar vidas. La locura temporal permite olvidar la verdad de las balas. La locura temporal es la hermana del valor en la guerra.

Pero cuando uno da la impresión de estar loco siempre, continuamente, sin parar, entonces da miedo, incluso a sus amigos de guerra. Ahí empieza uno a dejar de ser el hermano valeroso, el temerario, para ser el auténtico amigo de la muerte, su cómplice, su más que hermano.

VII

Para todos, soldados negros y blancos, me convertí en la muerte. Lo sé, lo he entendido. Ya sean soldados toubabs o soldados chocolates como yo, piensan que soy un hechicero, un devorador de las entrañas de la gente, un *dëmm*. Que siempre lo he sido, pero que la guerra lo ha puesto al descubierto. El rumor puro y duro daba a entender que yo me había comido las entrañas de Mademba Diop, mi más que hermano, antes incluso de que muriese. El muy descarado del rumor dijo que había que desconfiar de mí. El rumor con el culo al aire dijo que yo devoraba las entrañas de los enemigos de enfrente pero también las entrañas de los amigos. El rumor impúdico dijo: «Cuidado, prudencia. ¿Qué hace con las manos cortadas? Nos las enseña y luego desaparecen. Cuidado, prudencia.»

Por la verdad de Dios, yo, Alfa Ndiaye, último hijo del anciano, vi correr el rumor detrás de mí, medio desnudo, desvergonzado, como una muchacha de mala vida. Mientras tanto los tubabs y los chocolates que veían cómo corría tras de mí el rumor, que le levantaban la falda al pasar, que le pellizcaban las nalgas con sorna, continuaron sonriéndome, hablándome como si no pasara nada, amables por fuera pero aterrados por dentro, hasta los más rudos, hasta los más duros, hasta los más valientes.

Cuando el capitán se disponía a silbar la señal de salida del vientre de la tierra para que nos lanzásemos como salvajes, locos temporales, bajo las pequeñas granizadas de hierro enemigas que se burlaban de nuestros berridos, ya nadie quería ponerse a mi lado. Ya nadie se atrevía a rozarme en medio del estrépito de la

guerra al salir de las entrañas calientes de la tierra. Ya nadie soportaba caer bajo las balas de enfrente junto a mí. Por la verdad de Dios, me quedé solo en la guerra.

Así es como las manos enemigas después de la cuarta me valieron la soledad. La soledad en medio de las sonrisas, de los guiños, de los ánimos de mis camaradas soldados negros o blancos. Por la verdad de Dios, no querían atraerse el mal de ojo del soldado hechicero, el gafe del compañero de la muerte. Lo sé, lo he entendido. No piensan mucho, pero está claro que piensan que todo tiene dos caras. Lo leí en sus ojos. Piensan que los devoradores de entrañas de hombres son buenos cuando se contentan con devorar las entrañas de los enemigos. Pero los devoradores de almas no son buenos cuando se comen las entrañas de los amigos de guerra. Con los soldados hechiceros nunca se sabe. Piensan que hay que ser muy muy prudentes con los soldados hechiceros, tratarlos bien, sonreírles, hablarles de esto y lo otro amablemente, pero de lejos, no acercárseles nunca, ni tocarlos, ni rozarlos, de lo contrario la muerte está garantizada, de lo contrario es el fin.

Por eso, a partir de cierto número de manos, cuando el capitán Armand silbaba la señal de ataque, todos a mi alrededor se colocaban a diez pasos largos de mí. Algunos, justo antes de salir vociferando de las entrañas calientes de la tierra, evitaban incluso mirarme, posar los ojos sobre mí, rozarme con la mirada, como si mirarme supusiera tocar con los ojos el rostro, los brazos, las manos, la espalda, las orejas, las piernas de la muerte. Como si mirarme fuese ya morir.

El ser humano siempre busca responsabilidades absurdas en los hechos. Así es como va. Es más fácil. Lo sé, lo he entendido, ahora que puedo pensar lo que quiera. Mis camaradas de combate, blancos y negros, necesitan creer que no es la guerra la que pone su vida en peligro, sino el mal de ojo. Necesitan creer que no va a ser una de las mil balas disparadas por los enemigos de enfrente lo que los matará al azar. No les gusta el azar. El azar es demasiado absurdo. Quieren un responsable, prefieren pensar que la bala enemiga que los alcanzará la dirige, la guía, alguien malvado, malo,

malintencionado. Creen que ese malvado, ese malo, ese malintencionado, soy yo. Por la verdad de Dios, piensan mal y muy poco. Piensan que si sigo vivo después de esos ataques, si ninguna bala me ha tocado, es porque soy un soldado hechicero. Piensan con mala leche, también. Dicen que muchos compañeros de guerra han muerto por mi culpa, por haber recibido balas que me estaban destinadas.

Por eso algunos me sonreían hipócritamente. Por eso otros desviaban la mirada cuando aparecía, y otros hasta cerraban los ojos para que sus miradas no me tocaran, no me rozaran. Me volví tabú igual que un tótem.

El tótem de los Diop, de Mademba Diop, ese fanfarrón, era el pavo real. Él me decía «el pavo real» y yo le contestaba «la grulla coronada». Yo le decía: «Tu tótem es un ave de corral, mientras que el mío es una fiera. El tótem de los Ndiaye es el león, es más noble que el tótem de los Diop.» Podía darme el lujo de repetirle a mi más que hermano Mademba Diop que su tótem era un tótem de pacotilla. El derecho de burla^[1] entre parientes reemplazó a la guerra, la venganza entre nuestras dos familias, entre nuestros dos apellidos. El derecho de burla sirve para lavar antiguas afrentas mediante la risa, mediante el pitorreo.

Pero un tótem es una cosa más seria. Un tótem es tabú. Debes protegerlo, no te lo puedes comer. Los Diop podrían arriesgar su vida para proteger de un peligro a un pavo real o a una grulla coronada porque es su tótem. Los Ndiaye no tienen necesidad de proteger a los leones del peligro. Un león nunca está en peligro. Pero se cuenta que los leones nunca se comen a los Ndiaye. La protección funciona en ambos sentidos. No puedo evitar sonreírme al pensar que los Diop no corren ningún peligro de que se los coma un pavo real o una grulla coronada. No puedo evitar sonreír al recordar cómo se reía Mademba Diop cuando yo le decía que los Diop no habían sido muy avisados escogiendo el pavo o la grulla coronada como tótem. «Los Diop son unos fanfarrones imprevisibles como los pavos reales. Van de orgullosos, pero su tótem no es más que un ave de corral arrogante.»

Eso es lo que hacía reír a Mademba cuando quería burlarme de él. Mademba se contentaba con responderme que el tótem no se escoge, que es el tótem el que te escoge a ti.

Por desgracia, volví a hablarle de su arrogante tótem de corral la mañana de su muerte, poco antes de que el capitán Armand silbase la señal de ataque. Y por eso salió el primero de todos, salió disparado de la tierra hacia el enemigo de enfrente vociferando, para demostrarnos, a la trinchera y a mí, que no era un fanfarrón, que era valiente. Por mi culpa salió antes. Por culpa mía, de sus tótems y del derecho de burla a Mademba Diop lo destripó un enemigo de ojos azules medio muerto aquel mismo día.

VIII

Aquel mismo día, Mademba Diop no reflexionó, pese a toda su sabiduría, pese a toda su ciencia. Lo sé, lo he entendido, no debería haberme burlado de su tótem. Hasta aquel día, yo no pensaba lo suficiente, no reflexionaba ni la mitad de lo que decía. Uno no empuja a su amigo, a su más que hermano, a salir del vientre de la tierra vociferando más que los demás. Uno no arrastra a su más que hermano a la locura temporal en un lugar donde una grulla coronada no podría sobrevivir ni un instante; un campo de batalla donde no brota ni la más mínima plantita, ni el más mínimo arbusto, como si miles de langostas de hierro se hubieran pasado lunas y lunas arrasándolo. Un campo sembrado de millones de pequeñas semillas de guerra metálicas que no dan fruto. Un campo de batalla cauterizado ideal para carnívoros.

Y aquí estamos. Desde que decidí pensar por mi cuenta, no prohibirme nada en materia de pensamiento, he comprendido que no fue el enemigo de enfrente de ojos azules quien mató a Mademba. Fui yo. Lo sé, he entendido por qué no acabé con Mademba Diop cuando me lo suplicaba. «No se puede matar a un hombre dos veces», debió de murmurarme mi espíritu en voz muy muy baja. «Tú ya mataste a tu amigo de la infancia», debió de cuchichearme, «cuando te burlaste de su tótem un día de batalla y él salió disparado el primero del vientre de la tierra.» «Espera un poco», debió de cuchichearme mi espíritu en voz muy muy baja, «espera un poco. Luego, cuando Mademba esté muerto sin que lo ayudes, lo comprenderás. Comprenderás que no has acabado con él, cuando él te lo pedía, para no tener que reprocharte el haber

terminado el sucio trabajo que comenzaste.» «Espera un poco», debió de cuchichearme mi espíritu, «enseguida comprenderás que tú fuiste el enemigo de ojos azules de Mademba Diop. Tú lo has matado con tus palabras, tú lo has destripado con tus palabras, tú le has devorado las entrañas con tus palabras.»

De ahí a pensar que soy un *dëmm*, un devorador de almas, poco trecho hay. Como ahora pienso todo lo que me da la gana, puedo confesarme conmigo mismo en la intimidad de mi espíritu. Sí, me dije que yo debía de ser un *dëmm*, un comedor de entrañas humanas. Pero me dije, tan pronto como lo pensé, que no podía creerme algo semejante, que no era posible. Ahí no era yo realmente quien pensaba. Había dejado la puerta de mi espíritu abierta a otros pensamientos que tomaba por míos. Ya no me escuchaba pensar a mí mismo, sino que escuchaba a los demás, que me tenían miedo. Hay que tener cuidado, cuando uno se cree libre de pensar lo que quiere, de no dejar que se cuele a hurtadillas el pensamiento disfrazado de los demás, el pensamiento maquillado del padre y de la madre, el pensamiento emperifollado del abuelo, el pensamiento disimulado del hermano o de la hermana, de los amigos, incluso de los enemigos.

Por lo tanto, no soy un *dëmm*, un devorador de almas. Eso lo piensan quienes me tienen miedo. Yo ya no soy un salvaje. Eso lo piensan mis superiores toubabs y mis enemigos de ojos azules. El pensamiento que me es propio, el pensamiento que me pertenece, es que mis burlas, mis palabras hirientes sobre su tótem son la verdadera causa de la muerte de Mademba. Es por culpa de mi boca por lo que salió disparado y vociferando del vientre de la tierra, para demostrarme lo que yo ya sabía, que era valiente. La cuestión es saber por qué me reí del tótem de mi más que hermano. La cuestión es saber por qué mi espíritu hizo eclosionar palabras tan hirientes como las mandíbulas de una langosta de hierro en un día de ataque.

Sin embargo, yo quería a Mademba, mi más que hermano. Por la verdad de Dios, cómo lo quería. Cuánto miedo tenía de que muriese, cómo deseaba que volviésemos los dos sanos y salvos a

Gandiol. Yo estaba dispuesto a todo con tal de que conservase su vida. Lo seguía por todo el campo de batalla. En cuanto el capitán Armand silbaba la señal de ataque para que el enemigo de enfrente estuviese bien avisado de que íbamos a salir vociferando del vientre de la tierra, para avisar al enemigo de que se preparase para ametrallarnos, me pegaba a Mademba para que la bala que lo hiriese me hiriera, o para que la bala que lo matase me matara, o la bala que no lo alcanzase no me alcanzara. Por la verdad de Dios, los días de ataque en el campo de batalla íbamos codo con codo, hombro con hombro. Corríamos vociferando hacia los enemigos de enfrente al mismo paso, disparábamos nuestros fusiles al mismo tiempo, éramos como dos hermanos gemelos salidos el mismo día o la misma noche del vientre de su madre.

De modo que, por la verdad de Dios, no lo entiendo. No, no entiendo por qué un buen día le insinué a Mademba Diop que no era valiente, que no era un auténtico guerrero. Pensar por uno mismo no significa necesariamente comprenderlo todo. Por la verdad de Dios, no entiendo por qué un buen día de batalla sangrienta, porque sí, teniendo en cuenta que no quería que muriese, teniendo en cuenta que esperaba que volviésemos sanos y salvos él y yo a Gandiol después de la guerra, maté a Mademba Diop con mis palabras. No lo entiendo para nada.

IX

A la séptima mano cortada se hartaron. Se hartaron todos, tanto los soldados toubabs como los soldados chocolates. Tanto los superiores como los no superiores. El capitán Armand dijo que debía de estar agotado, que tenía que descansar a toda costa. Para informarme de ello me convocó en su refugio. Fue en presencia de un chocolate, mucho mayor que yo, de mayor graduación. Un chocolate cruz de guerra que no sabía dónde meterse, un chocolate cruz de guerra que me tradujo en wólof lo que quería el capitán. Pobre viejo cruz de guerra chocolate que pensaba igual que los demás que yo era un *dëmm*, un devorador de almas, y que temblaba como una hojita al viento sin atreverse a mirarme, con la mano izquierda aferrando un grisgrís que tenía escondido en el bolsillo.

Igual que los demás, tenía miedo de que me comiese sus entrañas, de que lo precipitase a la muerte. Igual que los demás, blancos o negros, el fusilero Ibrahima Seck temblaba cuando se cruzaban nuestras miradas. Por la noche, en silencio, rezaría un buen rato. Por la noche, desgranaría un buen rato su rosario para protegerse de mí y de mi abyección. Por la noche, se purificaría. Mientras tanto, Ibrahima Seck, mayor que yo, estaba aterrado por tener que traducirme las palabras del capitán. ¡Por la verdad de Dios, estaba aterrado de comunicarme que tenía un permiso excepcional de un mes entero en la retaguardia! Porque, en opinión de Ibrahima Seck, lo que ordenaba el capitán no debía de ser una buena noticia para mí. Para el cruz de guerra chocolate mayor que yo, seguro que yo no estaría muy contento de saber que me

alejaban de mi despensa, de mis presas, de mi coto de caza. En opinión de Ibrahima Seck, un hechicero como yo no podía sino estar muy muy furioso con el portador de la mala noticia. Por la verdad de Dios, difícilmente se salva uno de un soldado hechicero al que se priva de manduca un mes entero, al que se priva de todas esas almas, enemigas o amigas, por devorar en el campo de batalla. En opinión de Ibrahima Seck, seguro que yo lo consideraría responsable de la pérdida de todas aquellas entrañas de soldados amigos o enemigos por comer. De modo que, para alejar de sí el mal de ojo, para no sufrir los estragos de mi cólera, para poder enseñar un día su cruz de guerra a sus hijitos, Ibrahima Seck, mayor que yo, comenzó cada una de sus frases traducidas siempre con las mismas palabras: «El capitán ha dicho que...»

«El capitán ha dicho que tienes que descansar. El capitán ha dicho que desde luego eres muy muy valiente, pero también que estás muy muy cansado. El capitán ha dicho que aplaude tu valentía, tu tremenda, tremendísima valentía. El capitán ha dicho que te van a dar la cruz de guerra como a mí... ¡Ah!, ¿ya la tienes...? El capitán ha dicho que igual te dan otra.»

Entonces sí, lo sé, comprendí que el capitán Armand ya no me quería en el campo de batalla. Tras las palabras comunicadas por el maduro cruz de guerra chocolate Ibrahima Seck, supe, comprendí, que estaban hartos de las siete manos cortadas que había llevado a las trincheras. Sí, entendí, por la verdad de Dios, que en el campo de batalla no quieren más locura que la pasajera. Locos de rabia, locos de dolor, locos furiosos, pero temporales. En cuanto acaba el ataque, uno debe dejar a un lado su rabia, su dolor y su furia. El dolor se tolera, se puede llevar a la trinchera a condición de mantenerlo guardado. Pero la rabia y la furia no hay que llevarlas a la trinchera. Antes de volver, uno debe desnudarse de su rabia y de su furia, debe despojarse de ellas, si no ya no está jugando al juego de la guerra. La locura, después del silbato del capitán que indica la retirada, es tabú.

Lo supe, comprendí que el capitán e Ibrahima Seck, el fusilero chocolate cruz de guerra, no querían más rabia guerrera allí. Por la

verdad de Dios, comprendí que, para ellos, mis siete manos cortadas eran como si llevase chillidos y berridos a un lugar en calma. Al ver la mano cortada del enemigo de enfrente no podemos evitar decirnos: «¿Y si fuera yo?» No podemos evitar decirnos: «Estoy harto de esta guerra.» Por la verdad de Dios, después de la batalla volvemos a ser humanos para el enemigo. No podemos alegrarnos demasiado del miedo del enemigo de enfrente porque nosotros también tenemos miedo. Las manos cortadas son el miedo que pasa de fuera a dentro de la trinchera.

«El capitán Armand ha dicho que te da una vez más las gracias por tu valentía. El capitán ha dicho que tienes un mes de permiso. El capitán ha dicho que le gustaría saber dónde has... escondido, eh..., colocado las manos cortadas.»

Entonces, sin vacilar, me oí responder: «Las manos ya no las tengo.»

X

Por la verdad de Dios, el capitán y el soldado mayor que yo Ibrahima Seck me toman por idiota. A lo mejor soy un poco raro, pero idiota no. Jamás les diría dónde escondo las manos cortadas. Son mis manos, sé a qué ojos azules pertenecieron. Conozco la procedencia de cada una. Por encima tenían pelos rubios o rojos, raramente negros. Algunas eran carnosas, otras enjutas. Las uñas se les pusieron negras una vez separadas de los brazos. Hay una que es más pequeña que las otras, como de mujer o de niño grande. Poco a poco se van poniendo duras antes de pudrirse. Entonces, para guardarlas, después de la segunda, me escabullí hasta la cocina de nuestra trinchera, las sazoné bien con sal y las metí en el horno apagado, bajo la ceniza caliente. Las dejé una noche entera. Por la mañana, muy muy temprano, fui a recogerlas. Al día siguiente las volví a poner en el mismo sitio después de salarlas una vez más. Y así varias veces, hasta que se quedaron como pescado seco. Sequé las manos de los ojos azules, más o menos como se seca en mi tierra el pescado que se quiere conservar mucho tiempo.

Ahora mis siete manos —de las ocho, me falta una por culpa de las bromas de Jean-Baptiste—, ahora mis siete manos han perdido sus características. Son todas parecidas, están curadas y relucientes como cuero de dromedario, ya no tienen los pelos rubios, rojos o negros. Por la verdad de Dios, ya no tienen pecas ni lunares. Todas son moreno oscuro. Están momificadas. Esa carne seca ya no hay posibilidad de que se pudra. Casi nadie podrá detectarlas por el olor, salvo las ratas. Están en lugar seguro.

Pensaba que no tenía más que siete porque mi compañero Jean-Baptiste, el muy guasón, el muy bromista, me robó una. Lo dejé hacer porque era mi primera mano cortada y se estaba empezando a pudrir. Todavía no sabía qué hacer con ella. Todavía no se me había ocurrido la idea de secarlas como hacen con el pescado las mujeres de los pescadores de Gandiol.

En Gandiol se seca el pescado de río o de mar al sol o ahumándolo después de salarlo bien pero que muy bien. Aquí no hay sol de verdad. No tenemos más que un sol frío que no seca nada. El barro siempre es barro. La sangre no se seca. Nuestros uniformes no se secan más que al fuego. Por eso encendemos fogatas. No solamente para intentar calentarnos: sobre todo para intentar secarnos.

Pero nuestras fogatas son minúsculas en la trinchera. Prohibido encender hogueras, dijo el capitán. Porque no hay humo sin fuego, dijo el capitán. Los enemigos de enfrente, en cuanto ven salir humo, en cuanto se percatan de que hay un poco de humo, hasta el de los cigarrillos si tienen unos buenos ojos azules penetrantes, ajustan su batería y nos bombardean. Igual que nosotros, el enemigo de enfrente bombardea al azar la trinchera. Igual que nosotros, el enemigo envía una salva al azar, incluso los días de tregua cuando no hay ataque. De modo que mejor no darles puntos de referencia a los artilleros enemigos. ¡Mejor, por la verdad de Dios, evitar indicarles nuestras posiciones por medio del humo azul de una fogata! Así que nuestros uniformes nunca están secos, así que nuestra ropa interior, toda nuestra ropa, siempre está húmeda. De manera que intentamos hacer pequeñas fogatas sin humo. Orientamos el conducto del horno de la cocina hacia atrás. Entonces, por la verdad de Dios, intentamos ser más pícaros que los enemigos de ojos azules penetrantes. Por lo tanto, el horno de la cocina era el único sitio donde podía secar las manos. Por la verdad de Dios, las he salvado todas, incluso la segunda y la tercera, que ya estaban bastante descompuestas.

Al principio, mis compañeros de la trinchera estaban tan contentos de que les trajese manos enemigas que hasta las

tocaban. De la primera a la tercera, se atrevieron a tocarlas. Algunos hasta escupieron encima riéndose. Tras mi regreso al vientre de la tierra con mi segunda mano enemiga, mi compañero Jean-Baptiste empezó a hurgar en mis cosas. Me robó la primera mano y lo dejé hacer, porque se empezaba a pudrir y atraía a las ratas. La primera mano nunca me gustó, no era bonita. Tenía en el dorso unos pelos rojos largos y la había cortado mal, la había separado mal del brazo porque todavía no tenía costumbre. Por la verdad de Dios, mi machete no estaba lo suficientemente bien afilado por aquella época. Luego, con ayuda de la experiencia, a partir de la cuarta mano llegué a separarlas del brazo enemigo de un solo golpe, de un solo golpe muy seco del machete, que me pasaba horas afilando antes de los silbatos de ataque del capitán.

De manera que mi compañero Jean-Baptiste se puso a hurgar en mis cosas para robarme la primera mano enemiga, que no me gustaba. Jean-Baptiste era el único compañero blanco que tenía yo en la trinchera. Fue el único toubab que se me acercó después de la muerte de Mademba Diop para consolarme. Los demás me dieron palmaditas en la espalda, los chocolates recitaron las plegarias rituales antes de que se llevasen a la retaguardia el cuerpo de Mademba. Los soldados chocolates no me volvieron a hablar del tema porque para ellos Mademba era un muerto entre tantos otros. También ellos habían perdido como yo a amigos más que hermanos. También ellos lloraban a sus muertos por dentro. Solo Jean-Baptiste hizo algo más que darme palmaditas en la espalda cuando llevé el cuerpo destripado de Mademba Diop a la trinchera. Jean-Baptiste, con esa cabeza redonda y esos ojos azules saltones suyos, se ocupó de mí. Jean-Baptiste, corto de estatura y con esas manos diminutas, me ayudó a lavarme la ropa. Jean-Baptiste me dio tabaco. Jean-Baptiste compartió su pan conmigo. Jean-Baptiste compartió su risa conmigo.

De manera que, cuando Jean-Baptiste hurgó en mis cosas para robarme la primera mano enemiga, lo dejé hacer.

Jean-Baptiste jugó un montón con esa mano cortada. Jean-Baptiste se rió un montón con esa mano enemiga que empezaba a

podrirse. La mañana en que me la robó, en el desayuno, cuando estábamos todos medio dormidos, nos fue estrechando la mano a uno tras otro. Y cuando hubo saludado a todo el mundo supimos, comprendimos, que nos había tendido la mano cortada del enemigo en lugar de la suya, que tenía escondida en la manga del uniforme.

Fue Albert quien heredó la mano enemiga. Albert pegó un grito cuando se dio cuenta de que JeanBaptiste le había dejado en la mano la mano enemiga. Albert pegó un grito tirando la mano enemiga al suelo y todo el mundo se rió y todo el mundo se burló de él, hasta los suboficiales, y hasta el capitán, por la verdad de Dios. Entonces Jean-Baptiste nos gritó: «¡Panda de capullos, habéis estrechado todos la mano de un enemigo, os tendrían que someter a un consejo de guerra!» Entonces todo el mundo se rió de nuevo, hasta el cruz de guerra chocolate mayor que yo Ibrahima Seck, que nos traducía lo que había gritado Jean-Baptiste.

XI

Pero, por la verdad de Dios, esa primera mano cortada no le trajo suerte a Jean-Baptiste. Jean-Baptiste no fue amigo mío mucho tiempo. No porque no nos cayéramos bien, sino porque Jean-Baptiste está muerto. Murió de una muerte muy muy fea. Murió con mi mano enemiga enganchada en el casco. A Jean-Baptiste le encantaba reírse, hacer el idiota. Hay límites, no es bueno jugar con las manos enemigas ante los ojos azules gemelos de los enemigos. Jean-Baptiste no debería haberlos provocado, no debería haberlos desafiado. Los enemigos de enfrente estaban resentidos. No les gustó ver la mano de su compañero clavada en la punta de una bayoneta Rosalie. Ya habían tenido bastante con ver cómo se agitaba en el cielo de nuestra trinchera. Por la verdad de Dios, se hartaron de las chorradas que Jean-Baptiste les gritaba a pleno pulmón con la mano de su compañero en la punta de la bayoneta: «¡Alemanes de mierda, alemanes de mierda!» Se diría que JeanBaptiste se volvió loco y yo supe, entendí por qué.

Jean-Baptiste se había vuelto provocador. JeanBaptiste intentaba atraer la atención de los ojos azules enemigos tras los prismáticos desde que recibió una carta perfumada. Lo supe, lo comprendí al ver la cara que tenía leyendo aquella carta. La cara de Jean-Baptiste estaba rebosante de risa y de luz antes de abrir la carta perfumada. Cuando terminó de leer la carta perfumada, la cara de Jean-Baptiste se había vuelto gris. Sin luz. Solo conservaba la risa. Pero su risa no era ya una risa de felicidad. Su risa se había vuelto una risa de infelicidad. Una risa como el llanto, una risa desagradable, una risa falsa. Después de la carta perfumada, Jean-

Baptiste utilizaba mi primera mano enemiga para hacer gestos groseros a los enemigos de enfrente. Jean-Baptiste los trataba de mamones sacudiéndola en el cielo de nuestra trinchera, clavada en la punta de la Rosalie de su fusil, la mano enemiga a la que le había levantado el dedo corazón. Y gritaba: «¡Alemanes mamones, que os la mamáis entre vosotros!», agitando su fusil con el brazo en alto para que los ojos azules gemelos de los enemigos recibiesen su mensaje y vieran la higa sin perder detalle.

El capitán Armand le dijo que cerrase el pico. Agitarse como Jean-Baptiste no le convenía a nadie. Era como si Jean-Baptiste estuviese haciendo una fogata en la trinchera. Su insulto tenía el poder del humo. El poder de ayudar al enemigo de enfrente a calibrar el disparo. Era como si se estuviese señalando a sí mismo para los enemigos. No valía la pena morir sin que el capitán lo hubiese ordenado. Por la verdad de Dios, supe, entendí, como el capitán y los demás, que Jean-Baptiste quería morir, cabrear a los ojos azules enemigos para que le apuntasen.

Entonces, la mañana en que nuestro capitán silbó una señal de ataque y salimos del vientre de la tierra vociferando, los enemigos de ojos azules no nos ametrallaron de inmediato. Los enemigos de ojos azules esperaron veinte respiraciones antes de dispararnos, el tiempo de localizar a Jean-Baptiste. Por la verdad de Dios, para localizarlo, no menos de veinte respiraciones. Lo sé, lo he entendido, todos entendimos por qué esperaron para ametrallarnos. Los enemigos de ojos azules, como dijo el capitán, le tenían ganas a Jean-Baptiste. Por la verdad de Dios, estaban hartos de oírlo gritar «¡Alemanes mamones!» con la mano de su compañero clavada en la punta de una bayoneta Rosalie sacudida en el cielo de nuestra trinchera. Los enemigos de enfrente se habían puesto de acuerdo para matar a Jean-Baptiste en el siguiente ataque de los franceses. Se dijeron entre ellos: «Vamos a matar a ese chaval de mala manera para dar ejemplo.»

Y el idiota de Jean-Baptiste, que nos daba la impresión de querer morirse a toda costa, lo había hecho todo para facilitarles la tarea. Se había enganchado la mano enemiga en la parte frontal del

casco. Y como estaba en avanzado estado de descomposición la había vendado de blanco, le había hecho un turbante, como dijo el capitán, de tela blanca, dedo por dedo. Y Jean-Baptiste había hecho bien las cosas porque se veía muy bien aquella mano enganchada en la parte frontal del casco, el dedo corazón levantado, los otros doblados. A los enemigos de ojos azules gemelos no les costó apuntar. Tenían prismáticos. Por los prismáticos vieron una mancha blanca en lo alto del casco de un soldado de baja estatura. Eso les debió de llevar cinco respiraciones. Calibraron los prismáticos y vieron que aquella manchita blanca les hacía una higa. Otras cinco respiraciones jadeantes. Pero calibrar el disparo debió de llevarles más, diez respiraciones lentas como mínimo, porque le tenían bastantes ganas a Jean-Baptiste por haberles desafiado con la mano de su compañero. Habían preparado algo gordo. Y cuando lo tuvieron en la mirilla de su cañón, veinte respiraciones tras el silbato del capitán, debían de estar contentos, los enemigos de enfrente. Y debían de estar muy muy contentos cuando vieron a través de sus prismáticos salir volando la cabeza de Jean-Baptiste. La cabeza, el casco y la mano enemiga que se había enganchado, pulverizados. Eso debió de hacer que estallasen de júbilo, los enemigos de los ojos azules gemelos, al ver el deshonor pulverizado sobre la cabeza del culpable. Por la verdad de Dios, debieron de ofrecerle tabaco al que logró un disparo tan certero. Debieron, al acabar nuestro ataque, de darle palmaditas en la espalda, ofrecerle un trago. Debieron de aplaudirle por ese golpe de maestro artillero. Igual se inventaron una canción en su honor.

Por la verdad de Dios, igual era en su honor la canción que oí salir de su trinchera la noche de aquel ataque en que Jean-Baptiste murió, la noche en que corté la cuarta mano de un enemigo de enfrente tras poner el interior de su cuerpo fuera, en el centro de la tierra de nadie, como dice el capitán.

XII

Oí claramente a los enemigos de ojos azules gemelos cantar, porque aquella noche estaba muy cerca de su trinchera. Por la verdad de Dios, repté por el suelo hasta ponerme a su lado sin que me vieran y esperé a que acabasen de cantar para pillar a uno. Esperé a que se instalase el silencio, a que se adormilasen, y pillé a uno como quien saca a un niño del vientre de su madre, con una violenta suavidad para atenuar la sorpresa, para atenuar el ruido. Cogí a uno así, directamente de su trinchera, por primera y última vez. Cogí a uno así porque esperaba pillar al jefe de artillería que había matado a Jean-Baptiste. Aquella noche, por la verdad de Dios, corrí muchos riesgos para vengar a mi compañero Jean-Baptiste, que había querido morir por culpa de una carta perfumada.

Me arrastré durante horas bajo las alambradas para acercarme a la otra trinchera. Me cubrí de barro para que no me viesan. Después del obús que decapitó a Jean-Baptiste me tiré al suelo y repté durante horas en el barro. El capitán Armand había silbado hacía mucho el fin del ataque cuando llegué junto a la trinchera enemiga, abierta también como el sexo de una mujer inmensa, una mujer del tamaño de la Tierra. Entonces me acerqué todavía más al reborde del mundo enemigo y esperé y esperé. Mucho rato cantaron cantos de hombres, cantos de guerreros bajo las estrellas. Esperé y esperé a que se durmieran. Menos uno. Menos uno que estaba apoyado contra la pared de la trinchera para fumar. No hay que fumar en la guerra, delata uno su posición. Lo detecté por el humo del cigarrillo, por el humo azul que subía por el cielo de su trinchera.

Por la verdad de Dios, corrí un riesgo enorme. En cuanto me fijé a unos pasos a mi izquierda en el humo azul subiendo por el cielo negro, repté como una serpiente a lo largo de la trinchera. Iba cubierto de barro de la cabeza a los pies. Era como la mamba, que adopta el color de la tierra por la que reptaba. Era invisible, así que repté, repté, repté lo más deprisa que pude para llegar al humo azul exhalado en el aire negro por el soldado enemigo. Desde luego me arriesgué mucho y por eso lo que hice aquella noche, por mi amigo blanco que quería morir en la guerra, no lo he hecho más que una vez.

Sin saber lo que pasaba en la trinchera, sin ver a dos palmos, metí al azar la cabeza y los brazos en la trinchera enemiga. Dejé caer a ciegas la parte superior del cuerpo dentro de la trinchera para atrapar al enemigo de ojos azules que fumaba más abajo. Por la verdad de Dios, tuve suerte, la trinchera no estaba cubierta en aquel punto. Tuve suerte, el soldado enemigo que exhalaba el humo azul en el cielo negro de su trinchera estaba solo. Tuve la suerte de poder taparle la boca con una mano antes de que lograra gritar. Por la verdad de Dios, tuve la buena fortuna de que el dueño de mi cuarto trofeo fuese bajito y ligero como un niño de quince o dieciséis años. En mi colección de manos fue este el que aportó la más pequeña. Tuve suerte aquella noche de que no me oyese los amigos, los camaradas del soldadito de ojos azules. Debían de estar todos dormidos, extenuados por el ataque del día en que Jean-Baptiste resultó muerto a manos del jefe de artillería. Después de que la cabeza de Jean-Baptiste cayese al suelo, habían disparado, sin detenerse a respirar, con rabia. Muchos camaradas de nuestra trinchera murieron ese día. Pero yo logré correr, disparar, lanzarme boca abajo y reptar bajo las alambreadas. Disparar corriendo, lanzarme boca abajo y reptar por la tierra de nadie, como dice el capitán.

Por la verdad de Dios, los enemigos de enfrente estaban todos agotados. Aquella noche bajaron la guardia después de cantar. No sé por qué el soldadito enemigo no estaba cansado aquella noche. ¿Por qué se fue a fumarse su cigarrillo mientras sus camaradas de

guerra se habían ido a dormir? Por la verdad de Dios, es el destino el que me hizo pillarlo a él y no a otro. Estaba escrito allí arriba que sería a él a quien iría a buscar en plena noche en el hueco caliente de la trinchera enemiga. Ahora sé, he entendido que nada es sencillo en los escritos de allí arriba. Lo sé, lo he entendido, pero no se lo voy a contar a nadie porque yo pienso lo que quiero solo para mí mismo desde que Mademba Diop murió. Creo haber comprendido que lo que está escrito allí arriba no es más que una copia de lo que el hombre escribe aquí abajo. Por la verdad de Dios, creo que siempre le sacamos ventaja a Dios. Él solo puede constatar los destrozos. No puede ser que quisiera que yo pillase al soldadito de ojos azules en el hueco caliente de la trinchera enemiga.

El dueño de la cuarta mano de mi colección no había hecho ningún mal, creo yo. Lo leí en sus ojos azules cuando lo destripé en la tierra de nadie, como dice el capitán. Vi en sus ojos que era buen chico, buen hijo, demasiado joven todavía para haber conocido mujer, pero un futuro buen marido, desde luego. Y he aquí que le tuve que caer yo encima como la desgracia y la muerte caen sobre la inocencia. Eso es la guerra: cuando Dios va por detrás de la música de los hombres, cuando no llega a tiempo de desenredar los hilos de demasiados destinos a la vez. Por la verdad de Dios, si es que no se puede culpar a Dios. ¿Quién sabe si no quería castigar a los padres del soldadito enemigo haciendo que mis manos negras lo mataran en la guerra? ¿Quién sabe si no quería castigar a sus abuelos porque no le dio tiempo a corregir las equivocaciones cometidas por ellos a través de sus propios hijos? ¿Quién lo sabe? Por la verdad de Dios, igual Dios llegó con un poco de retraso a castigar a la familia del soldadito enemigo. Yo estoy en posición de decir que los castigó a conciencia a través de su nieto o a través de su hijo. Porque el soldadito enemigo sufrió como los demás cuando le saqué todo lo de dentro del cuerpo para ponerlo al aire, fuera, en un montoncito a su lado, todavía vivo. Pero la verdad es que me apiadé de él muy muy rápido. Atenué el castigo que le caía por sus padres o sus abuelos. No le dejé suplicarme que acabase con él con

los ojos llenos de lágrimas más que una vez. No podía ser él quien había destripado a mi más que hermano Mademba Diop. No podía ser él tampoco quien había pulverizado de un tiritito de obús la cabeza de mi amigo Jean-Baptiste, el bromista desesperado por una carta perfumada.

Tal vez el soldadito enemigo de ojos azules estaba de guardia cuando metí la cabeza en la trinchera caliente con los brazos estirados, sin saber a quién agarraría. Me lo llevé con el fusil colgado del hombro. Un soldado de guardia no debe fumar. El poco humo azul en el corazón de la noche más negra es visible. Así es como lo localicé, a mi soldadito de ojos azules portador de mi cuarto trofeo, de mi cuarta mano. Pero, por la verdad de Dios, tuve piedad de él en la tierra de nadie. Acabé con él a la primera súplica de sus ojos azules anegados en lágrimas. Dios lo había puesto a hacer guardia.

Fue después de mi regreso a nuestra trinchera con mi cuarta manita y el fusil que había limpiado, engrasado, cargado y descargado cuando mis camaradas soldados, blancos o negros, me evitaron como la muerte. Cuando volví reptando por el barro, como una mamba negra que vuelve a su nido tras cazar una rata, nadie más se atrevió a tocarme. Nadie se alegró de volverme a ver. Debieron de pensar que la primera mano había traído mala suerte al pobre loco de Jean-Baptiste y que el mal de ojo caería sobre aquel que me tocara, o me mirara siquiera. Y, además, Jean-Baptiste ya no estaba allí para contagiar a los demás la alegría de volver a verme vivo. Todo tiene dos caras: una cara buena y una cara mala. Jean-Baptiste, cuando todavía estaba vivo, enseñaba a los demás el lado bueno de mis trofeos. «Hala, ahí viene nuestro amigo Alfa con una nueva mano y el fusil correspondiente. ¡Alegrémonos, camaradas, eso para mí son menos balas alemanas sobre nosotros! Menos manos de alemanes, menos balas alemanas. ¡Gloria a Alfa!» Los demás soldados, negros o blancos, chocolates o toubabs, se veían entonces arrastrados a felicitarme por haber traído mis trofeos a nuestra trinchera abierta al cielo. Todos me aplaudieron hasta la tercera mano. Yo era valiente, era una fuerza de la naturaleza, como

el capitán dijo muchas veces. Por la verdad de Dios, me daban de comer buenos bocados, me ayudaban a lavarme, sobre todo Jean-Baptiste, que me apreciaba de verdad. Pero la noche de la muerte de JeanBaptiste, desde mi regreso a nuestra trinchera como una mamba que se cuele en su nido bajo tierra tras la caza, me rehuyeron como a la muerte. La cara mala de mis crímenes quedó encima de la cara buena. Los soldados chocolates comenzaron a cuchichear que yo era un soldado hechicero, un *dëmm*, un devorador de almas, y los soldados toubabs comenzaron a creerlos. Por la verdad de Dios, todo lleva en sí su contrario. Hasta la tercera mano fui un héroe de guerra, a partir de la cuarta me convertí en un loco peligroso, un salvaje sanguinario. Por la verdad de Dios, así van las cosas, así va el mundo: todo tiene dos caras.

XIII

Me creyeron idiota, pero no lo soy. El capitán y el fusilero cruz de guerra chocolate mayor que yo Ibrahima Seck querían mis siete manos para tenderme una trampa. Por la verdad de Dios, querían pruebas de mi salvajismo para que me encerrasen, pero yo jamás les habría dicho dónde había escondido mis siete manos. No las encontrarían. No podían imaginarse en qué oscuro lugar descansaban secas y envueltas en tela. Por la verdad de Dios, sin esas siete pruebas no tendrían otra opción que enviarme temporalmente a la retaguardia para descansar. Por la verdad de Dios, no tendrían otra opción que esperar que a mi regreso del descanso los soldados de ojos azules gemelos me matasen para librarse de mí sin hacer demasiado ruido. En la guerra, cuando tienes un problema con uno de tus propios soldados, haces que lo maten los enemigos. Es más práctico.

Entre la quinta mano y la sexta, unos soldados toubabs no quisieron obedecer al capitán Armand cuando silbó la señal de ataque. Un buen día dijeron: «¡No, hasta aquí hemos llegado!» Incluso dijeron al capitán Armand: «Si sigue tocando el silbato antes del ataque para avisar al enemigo de enfrente de que nos ametralle a la salida de la trinchera, no saldremos más. ¡Nos negamos a morir por su silbato!» Entonces el capitán les respondió: «Vaya, ¿así que ya no queréis obedecer?» Los soldados toubabs dijeron enseguida: «¡No, no queremos seguir obedeciendo su silbato de la muerte!» Cuando el capitán tuvo bien claro que no iban a obedecerle, cuando vio también que no eran más que siete, y no más de cincuenta como al principio, hizo salir al centro a los siete culpables y nos ordenó:

«¡Atadles las manos a la espalda!» Una vez que tuvieron atadas las manos a la espalda, el capitán les gritó: «¡Sois unos cobardes, sois la vergüenza de Francia! ¡Tenéis miedo de morir por vuestra patria, así que vais a morir hoy!»

Entonces, lo que el capitán nos obligó a hacer fue muy muy feo. Por la verdad de Dios, jamás habríamos creído que trataríamos a nuestros compañeros soldados como a los enemigos de enfrente. El capitán nos ordenó encañonarlos con nuestros fusiles cargados y cepillárnoslos si no obedecían su última orden. Nosotros estábamos a un lado de la trinchera, el que queda abierto al cielo de la guerra, y los compañeros traidores al otro, a unos pocos pasos. Los compañeros traidores nos daban la espalda, delante de unas escalerillas. Siete escalerillas. Las escalerillas que subíamos para salir de la trinchera e ir al asalto del enemigo de enfrente. Entonces, una vez que todo el mundo estuvo en su sitio, el capitán les gritó: «¡Habéis traicionado a Francia! Pero aquellos que obedezcan mi última orden ganarán una cruz de guerra póstuma. Los que no, escribiremos a sus familias para informarlos de que son desertores, traidores vendidos al enemigo. Para los traidores, nada de pensión militar. ¡Nada para la mujer, nada para la familia!» Acto seguido el capitán silbó la señal de ataque para que nuestros compañeros saliesen de la trinchera y los matara el enemigo de enfrente.

Por la verdad de Dios, no había visto jamás cosa más fea. Antes incluso de que el capitán silbase la señal de ataque, a algunos de nuestros siete compañeros les castañetearon los dientes, otros mancharon el pantalón. Cuando el capitán silbó, aquello fue horrible. Si el momento no hubiese sido tan serio, casi podríamos habernos echado a reír. Como nuestros compañeros traidores tenían las manos atadas a la espalda, tenían dificultades para subir los seis o siete travesaños de las escalerillas de ataque. Tropezaban, se resbalaban, se caían de rodillas aullando de terror porque los enemigos de los ojos azules gemelos no habían tardado en comprender que el capitán les ofrecía presas de caza. Por la verdad de Dios, en cuanto el jefe de artillería que había matado a mi compañero Jean-Baptiste vio los regalos que le ofrecían, envió tres

pequeños obuses maliciosos que erraron el primer objetivo. Pero el cuarto estalló contra un compañero traidor tan pronto como salió de la trinchera, un compañero traidor valeroso por su mujer y por sus hijos, cuyas entrañas salieron del cuerpo para salpicarnos de sangre negra. Por la verdad de Dios, yo ya estaba acostumbrado, pero mis camaradas soldados blancos y negros no estaban acostumbrados. Y todos lloramos mucho, sobre todo nuestros compañeros traidores condenados a salir de la trinchera para hacerse masacrar uno a uno, sin lo cual nada de cruz de guerra póstuma, había dicho el capitán. Sin eso ninguna pensión para sus padres, ninguna pensión para su mujer ni para sus hijos.

Por la verdad de Dios, el líder de los compañeros traidores fue valiente. El líder de los compañeros traidores se llamaba Alphonse. Por la verdad de Dios, Alphonse era un auténtico guerrero. Un auténtico guerrero no tiene miedo a morir. Alphonse salió de nuestra trinchera tropezando como un lisiado y gritando: «¡Ahora sé por qué he de morir! Sé por qué. ¡Muero por tu pensión, Odette! ¡Te quiero, Odette! ¡Te quiero, Ode...!» Y entonces un quinto pequeño obús malicioso lo decapitó también a él, como a JeanBaptiste, porque el jefe de artillería de enfrente había comenzado a cogerle el tranquillo. Lluvia de sesos sobre nosotros y sobre los demás compañeros traidores, que vociferaban de terror por tener que morir como el líder traidor Alphonse. Por la verdad de Dios, lloramos todos la muerte del líder de los compañeros traidores. Fue el fusilero cruz de guerra chocolate mayor que yo Ibrahima Seck quien nos tradujo lo que Alphonse había gritado. Odette había tenido suerte de tenerlo por marido. Alphonse era alguien.

Pero después de Alphonse quedaban cinco. Quedaban cinco por morir después del líder de los compañeros traidores. Uno de ellos se volvió hacia nosotros llorando y chillando: «¡Piedad! ¡Piedad! Muchachos..., muchachos..., piedad...» Este compañero traidor era Albert, a quien no le importaban la cruz de guerra, la pensión póstuma del capitán. Este no pensaba en sus padres, ni en su mujer, ni en sus hijos. Quizá no tenía. El capitán dijo: «¡Fuego!», y nosotros disparamos. Quedaron cuatro. Cuatro compañeros

traidores supervivientes temporales. Estos cuatro compañeros traidores supervivientes fueron valientes por sus familias. Estos cuatro compañeros traidores salieron uno por uno de la trinchera, titubeando como pollos recién descabezados capaces de correr todavía un poco. Pero el jefe de artillería enemigo de enfrente dio la impresión, a las treinta respiraciones, de estar harto de desperdiciar sus pequeños obuses. Dio la impresión de esperar, lo que duran treinta respiraciones, para observar a través de sus prismáticos los sacrificios que le mandábamos. Ya se había cobrado dos después de tres disparos fallidos. Cinco pequeños obuses, con eso bastaba. En la guerra no hay que desperdiciar la munición pesada a lo tonto con el enemigo, como dice el capitán. Así que a los últimos cuatro compañeros traidores los mataron unas simples metralletas, en grupo, con los últimos alaridos atragantados.

Por la verdad de Dios, después de la muerte de los siete compañeros traidores ordenada por el capitán, no volvió a producirse ninguna revuelta. Ninguna rebelión más. Por la verdad de Dios, supe, comprendí que si el capitán quería que los enemigos de enfrente me matasen cuando volviera del permiso en la retaguardia, se saldría con la suya. Supe, comprendí que si quería mi muerte, la tendría.

Pero no hacía falta que el capitán supiera que yo lo sabía. Por la verdad de Dios, no había que decir dónde estaban las manos cortadas. Así que respondí al capitán, que me preguntaba por boca del cruz de guerra chocolate mayor que yo Ibrahima Seck dónde había dejado las manos cortadas de los enemigos de enfrente, que no lo sabía, que las había perdido, que igual alguno de los compañeros traidores las había robado para perjudicarnos a todos. «Bueno, bueno», me contestó el capitán, «que las manos se queden donde están. Que las manos permanezcan invisibles. Vale, vale... Pero tú debes de estar agotado, igualmente. Tu manera de hacer la guerra es un poco salvaje. ¡Yo nunca te he ordenado cortar las manos enemigas! Eso no es reglamentario. Pero hago la vista gorda porque eres cruz de guerra. En el fondo has entendido bien lo que significa ir a muerte, para ser chocolate. Irás a descansar un mes a

la retaguardia y volverás con nosotros listo para el combate. Tienes que prometerme que cuando vuelvas no mutilarás a más enemigos, ¿entendido? Debes conformarte con matarlos, nada de mutilarlos. La guerra civilizada lo prohíbe. ¿Entendido? Te marchas mañana.»

Yo no habría entendido nada de lo que me decía el capitán si Ibrahima Seck, el cruz de guerra chocolate mayor que yo, no me lo hubiese traducido, comenzando cada frase por «El capitán Armand ha dicho que...». Pero conté casi veinte respiraciones durante el discurso del capitán y solamente doce en el discurso de Ibrahima Seck, mayor que yo. De modo que había alguna cosa que el cruz de guerra chocolate no me había traducido del discurso del capitán.

El capitán Armand es un hombrecillo de ojos negros gemelos anegados en una cólera continua. Sus ojos negros gemelos están llenos de odio por todo lo que no sea guerra. Para el capitán, la vida es la guerra. El capitán ama la guerra como quien ama a una mujer caprichosa. El capitán perdona todos sus caprichos a la guerra. La llena de regalos, le proporciona vidas de soldados sin escatimar. El capitán es un devorador de almas. Lo sé, he comprendido que el capitán Armand era un *dëmm* que necesitaba a su mujer, la guerra, para sobrevivir, igual que ella necesitaba de un hombre como él que la mantuviera.

Sé, he comprendido que el capitán Armand sería capaz de todo para continuar haciendo el amor con la guerra. He comprendido que me tomaba por un rival peligroso que podía fastidiarlo todo en su relación de intimidad con la guerra. Por la verdad de Dios, el capitán no quería saber nada más de mí. Supe, comprendí que al volver me arriesgaba a ser asignado a otro lugar. Por la verdad de Dios, entonces tenía que sacar mis manos de su escondite. Pero supe, comprendí también que eso era lo que el capitán deseaba. Me haría vigilar, quizá incluso por el cruz de guerra chocolate mayor que yo Ibrahima Seck. Por la verdad de Dios, quería mis siete manos para usarlas como prueba y que me fusilaran, para cubrirse, para continuar acostándose con la guerra. Haría registrar mi equipaje antes de marcharme. Como decía JeanBaptiste, quería pillarme con

las manos en la masa. Pero no soy idiota. Por la verdad de Dios, supe, comprendí cómo tenía que actuar.

XIV

Estoy bien, estoy a gusto en la retaguardia. Aquí donde estoy no hago casi nada. Duermo, como, unas hermosas jóvenes vestidas de blanco de la cabeza a los pies se ocupan de mí y no hay más. Aquí no hay estrépito de explosiones, de metralletas, de pequeños obuses mortíferos enviados por los enemigos de enfrente.

Aquí donde estoy en la retaguardia no he venido solo. He venido acompañado de mis siete manos enemigas. Y las he pasado por las narices y la barba del capitán. Por las narices y la barba, como decía JeanBaptiste. Por la verdad de Dios, apenas las escondí en el fondo de mi arcón de soldado. A pesar del vendaje, de las cintas de tejido blanco idéntico con que las envolví cuidadosamente, reconozco todas y cada una. Mis amigos de guerra, soldados negros y blancos que habían recibido la orden del capitán de registrar mis cosas después de mi partida, no se atrevieron a abrir mi arcón. Por la verdad de Dios, tuvieron miedo. Yo les ayudé a tener miedo. En lugar del candado, enganchado con un cordel a la barra del arcón puse un grisgrís. Por la verdad de Dios, un precioso grisgrís de cuero rojo que mi padre, el anciano, me dio cuando me marché a la guerra. En ese grisgrís de cuero rojo dibujé algo que ahuyentó a los espías de mis cosas, negros o blancos, chocolates o toubabs. La verdad es que lo dibujé a conciencia, por la verdad de Dios. Dibujé en el grisgrís de cuero rojo, con la ayuda de un huesecillo muy puntiagudo de rata mojado en una mezcla de ceniza y aceite de lámpara, dibujé una manita toda negra cortada por la muñeca. Una manita enterita, bien pequeñita, con sus cinco dedos bien separados, inflados en las puntas, como los dedos de ese

lagarto rosa translúcido que llaman *ounk*. El *ounk* tiene una piel rosa tan fina que se le puede ver, incluso en la penumbra, el cuerpo por dentro, las entrañas. El *ounk* es peligroso, me a veneno.

Por la verdad de Dios, la mano que dibujé fue eficaz. Una vez enganchado el grisgrís al cierre de mi arcón, los que habían recibido la orden de mi capitán de abrirlo para buscar las siete manos, que no tuve necesidad de esconder en otro sitio, tuvieron que mentirle. Tuvieron que jurarle que habían buscado en vano las siete manos. Pero lo que es seguro es que, blancos o negros, no se atrevieron a tocar mi arcón cerrado con un grisgrís. ¿Cómo se iban a atrever a abrir mi arcón cerrado con un grisgrís color rojo sangre, un grisgrís tatuado con una manita negra cortada, con dedos inflados en las puntas como los del *ounk*, unos soldados que no se atrevían a mirarme desde la cuarta mano? Ahí estuve contento de pasar por un *dëmm*, un devorador de almas. Cuando el cruz de guerra chocolate mayor que yo Ibrahima Seck vino a inspeccionar mis cosas le debió de faltar poco para desmayarse al ver mi arcón místico. Hasta de posar la mirada encima debió de arrepentirse. Todos los que vieron mi arcón místico, por la verdad de Dios, debieron de arrepentirse de haber sido demasiado curiosos. Cuando pienso en todos esos cotillas gallinas no puedo evitar reírme muy muy alto por dentro.

No me río delante de la gente igual que me río por dentro. Mi anciano padre siempre me lo ha dicho: «Solo los niños y los locos ríen sin motivo.» Yo ya no soy un niño. Por la verdad de Dios, la guerra me ha hecho crecer de golpe, sobre todo tras la muerte de mi más que hermano Mademba Diop. Pero a pesar de su muerte todavía me río. Pese a la muerte de Jean-Baptiste, todavía me río por dentro. Para los demás solo estoy sonriendo, no me permito más que la sonrisa. Por la verdad de Dios, igual que el bostezo, la sonrisa llama a la sonrisa. Sonrío a la gente, que me devuelve la sonrisa. No oyen, cuando les sonrío, las carcajadas que resuenan en mi cabeza. Afortunadamente, porque de lo contrario me tomarían por un loco furioso. Es como lo de las manos cortadas. Las manos nunca contaron lo que hice padecer a sus dueños, ellas no contaron lo de las entrañas humeantes en el frío de la tierra de nadie, como

dice el capitán. Las manos cortadas no contaron cómo destripé a ocho enemigos de ojos azules. Por la verdad de Dios, nadie me hizo preguntas sobre cómo conseguí mis manos. Ni siquiera Jean-Baptiste, muerto decapitado por un pequeño obús malicioso del jefe de artillería de ojos azules gemelos. Las siete manos que me quedan son como mi sonrisa, enseñan y ocultan a la vez el destripamiento de los enemigos que me hace reír a carcajadas en secreto.

La risa llama a la risa y la sonrisa llama a la sonrisa. Como voy sonriendo todo el rato en mi centro de reposo de la retaguardia, todo el mundo me sonrío. Por la verdad de Dios, incluso los compañeros soldados chocolates o toubabs que pegan alaridos en plena noche cuando retumba en sus cabezas el silbato del ataque y el fragor inmenso de la guerra, incluso ellos, al verme sonreír, me sonrían. No pueden evitarlo, por la verdad de Dios, es más fuerte que ellos.

El doctor François, que es un hombre alto y flaco de aire triste, me sonrío también en cuanto me presento ante él. Igual que el capitán me decía que yo era una fuerza de la naturaleza, el doctor François me dice con su mirada que tengo buena planta. Por la verdad de Dios, el doctor François me tiene simpatía. Si con todos los demás dosifica su sonrisa, a mí me la dispensa sin escatimar. Todo porque la sonrisa llama a la sonrisa.

Pero, por la verdad de Dios, la sonrisa que he comprado con mi sonrisa perpetua y que más me complace es la sonrisa de la señorita François, una de las muchas hijas vestidas de blanco del doctor. Por la verdad de Dios, la señorita François me quiere mucho. Por la verdad de Dios, la señorita François está de acuerdo con su padre sin saberlo. También me ha dicho con su mirada que tenía buena planta. Pero acto seguido ha mirado de tal manera el centro de mi cuerpo que he comprendido que pensaba en otra cosa que en mi planta. Sé, he comprendido, he adivinado que quería hacer el amor conmigo. Sé, he comprendido, he adivinado que quería verme desnudo del todo. Lo he comprendido por su mirada, que era como la de Fary Thiam, que se dejó poseer por mí en un bosquecillo de

ébanos, no lejos del río, pocas horas antes de marcharme a la guerra.

Fary Thiam me cogió la mano, me miró a los ojos y luego, discretamente, más abajo. Acto seguido, Fary se apartó del corro de amigos en el que estábamos. Y yo, poco después de marcharse ella, dije adiós a todos y seguí de lejos a Fary, que se dirigía hacia el río. En Gandiol, a la gente no le gusta salir a pasear de noche por las márgenes del río por culpa de la diosa Mame Coumba Bang. Fary Thiam y yo no nos cruzamos con nadie gracias al miedo a la diosa del río. Fary y yo teníamos demasiadas demasiadas ganas de hacer el amor como para tener miedo.

Por la verdad de Dios, Fary no se volvió ni una sola vez. Se dirigió hacia un bosquecillo de ébanos no muy lejos del río, más abajo. Se internó y yo la seguí. Cuando la encontré, vislumbré a Fary con la espalda apoyada contra un árbol. Estaba de pie frente a mí, me esperaba. Había luna llena, pero los ébanos estaban tan juntos que oscurecían la luna. Yo vislumbraba a Fary con la espalda apoyada contra un árbol, pero, por la verdad de Dios, no pude ni verle la cara. Fary me atrajo hacia sí y noté que estaba desnuda. Fary Thiam olía a incienso y al agua vegetal del río a la vez. Fary me desvistió y yo la dejé hacer. Fary me arrastró hasta el suelo y yo me tendí sobre ella. Antes de Fary yo no había conocido mujer, antes que yo Fary no había conocido hombre. Sin saber cómo, entré en el interior del centro del cuerpo de Fary. Por la verdad de Dios, el interior del cuerpo de Fary era increíblemente suave, caliente y húmedo. Me quedé un buen rato sin moverme, palpitando en el interior de Fary. Luego, de repente, ella se puso a cimbrear las caderas debajo de mí, al principio con suavidad, luego cada vez más deprisa. Si no hubiese estado dentro de Fary, seguro que me habría reído, de tan ridículos que debíamos de vernos desde fuera: porque yo también empecé a sacudir la pelvis en todas direcciones y cada uno de mis movimientos era recompensado por un caderazo de Fary Thiam. Fary me daba caderazos gimiendo y yo le devolvía caderazos gimiendo también. Por la verdad de Dios, si aquello no

hubiese sido tan rico, si me hubiese parado a pensar en todo aquel pataleo, me habría partido de risa. Pero no podía reírme, no podía hacer otra cosa que gemir de alegría dentro de Fary Thiam. A fuerza de sacudir así el centro de nuestros cuerpos en todas direcciones, lo que acaba pasando siempre pasó esta vez también. Me corrí dentro de Fary y me corrí gritando. Fue intenso y mucho mejor que con la mano. Fary Thiam gritó también por fin. Afortunadamente nadie nos oyó.

Cuando nos levantamos apenas nos podíamos tener en pie. No veía su mirada en la penumbra del bosquecillo de ébanos. Y eso que había luna llena, estaba enorme, casi amarilla como un pequeño sol reflejado en el agua vegetal del río. Apagaba las estrellas a su alrededor, pero los ébanos nos protegían de su claridad. Fary Thiam se vistió y me ayudó a vestirme como a un niño pequeño. Fary me besó en la mejilla y luego se alejó hacia Gandiol sin volverse. Yo me quedé allí a contemplar la luna ardiendo en el río. Me quedé un buen rato contemplando el río en llamas sin pensar en nada. Por la verdad de Dios, esa fue la última vez que vi a Fary Thiam antes de marcharme a la guerra.

XV

La señorita François, una de las muchas hijas del doctor François todas vestidas de blanco, me ha mirado como Fary Thiam me miró la noche que quiso que hiciésemos el amor junto al río en llamas. He sonreído a la señorita François, que es una chica muy guapa como Fary. La señorita François tiene los ojos azules gemelos. La señorita François ha respondido a mi primera sonrisa y su mirada se ha demorado en el centro de mi cuerpo. La señorita François no es como su padre, el doctor. Por la verdad de Dios, ella es vivaracha. La señorita François me ha dicho con sus ojos azules gemelos que me encontraba muy guapo de la cabeza a los pies.

Pero si Mademba Diop, mi más que hermano, hubiese estado aún vivo, me habría dicho: «No, mientes, ella no te ha dicho que seas guapo. ¡La señorita François no te ha dicho que te desee! ¡Mientes, es falso, tú no sabes hablar francés!» Pero yo no necesito hablar francés para comprender el lenguaje de los ojos de la señorita François. Por la verdad de Dios, yo sé que soy guapo, todos los ojos me lo dicen. Los ojos azules y los ojos negros, los ojos de los hombres y los de las mujeres. Los ojos de Fary Thiam me lo dijeron, al igual que los de todas las mujeres de Gandiol, independientemente de su edad. Los ojos de mis amigos, chicas y chicos, siempre me lo han dicho cuando estaba casi desnudo en la zona de arena para luchar cuerpo a cuerpo. Incluso los ojos de Mademba Diop, mi más que hermano, aquel enclenque, aquel escuchimizado, no podían evitar decirme que era el más hermoso durante los combates de lucha cuerpo a cuerpo.

Mademba Diop tenía derecho a decirme lo que le diese la gana, a burlarse de mí, porque el derecho de burla se lo permitía. Mademba Diop podía ironizar, pincharme sobre mi forma de ser, porque era mi más que hermano. Pero Mademba nunca pudo decir nada de mi físico. Soy tan guapo que, cuando sonrío, todo el mundo, salvo los sacrificados en la tierra de nadie, me sonrían también. Cuando enseñaba estos dientes míos muy muy blancos y bien alineados, hasta Mademba Diop, el tío más burlón que la Tierra ha dado, no podía evitar enseñar a su vez su dentadura horrible. Pero, por la verdad de Dios, Mademba jamás habría admitido que envidiaba mis hermosos dientes muy muy blancos, mi pecho y mis hombros muy muy anchos, mi cintura y mi vientre estrechos, mis muslos bien musculados. Mademba se conformaba con dejar que sus ojos me dijeran que me envidiaba y me quería al mismo tiempo. Los ojos de Mademba siempre me dijeron, cuando ganaba cuatro combates seguidos, al claro de luna, chorreando de luz sombría, prisionero de la multitud de admiradoras y admiradores, sus ojos me decían: «Te tengo celos, pero también te quiero.» Sus ojos me decían: «Me gustaría ser tú, pero estoy orgulloso de ti.» Como todas las cosas de este mundo vil, la mirada de Mademba sobre mí tenía dos caras.

Ahora que estoy lejos de la batalla donde perdí a mi más que hermano Mademba, lejos de los pequeños obuses maliciosos decapitantes y de las gruesas piedras rojas de guerra que caen del cielo metálico, lejos del capitán Armand y de su silbato de muerte, lejos del cruz de guerra chocolate mayor que yo Ibrahima Seck, me digo que nunca debería haberme burlado de mi amigo. Mademba tenía una dentadura horrible, pero era valiente. Mademba tenía una caja torácica de pichón, pero era valiente. Mademba tenía unos muslos que daban miedo de flacos, pero era un auténtico guerrero. Lo sé, he comprendido que no debería haberlo empujado con mis palabras a demostrarme un valor que yo ya conocía. Lo sé, he comprendido que fue porque Mademba me envidiaba y me quería a la vez por lo que salió por delante en cuanto el capitán Armand silbó la señal de ataque el día de su muerte. Fue por demostrarme que no

hay necesidad de tener unos dientes bonitos, unos hombros bonitos y un torso grande, ni unos muslos y unos brazos muy muy fuertes para ser realmente valiente. Entonces acabé pensando que no fueron solo mis palabras las que mataron a Mademba. No fueron solo mis palabras sobre el tótem de los Diop, hirientes como las piedras metálicas que nos caen del cielo de la guerra, las que lo mataron. Lo sé, he comprendido que toda mi belleza y que toda mi fuerza también mataron a Mademba, mi más que hermano, que me quería y me envidiaba a la vez. Son la belleza y la fuerza de mi cuerpo las que lo mataron, es la mirada de todas las mujeres al centro de mi cuerpo lo que lo mató. Son todas esas miradas que me acariciaban los hombros, el pecho, los brazos y las piernas, que se recreaban en mis dientes bien alineados y mi arrogante nariz aguileña, las que lo mataron.

Antes incluso de que comenzase la guerra, antes incluso de que nos marchásemos los dos juntos, Mademba Diop y yo, a la guerra, la gente trató de enemistarnos. Por la verdad de Dios, las malas personas de Gandiol decidieron separarnos contándole ya a Mademba que yo era un *dëmm*, que me comía su fuerza vital poco a poco mientras dormía. Estas personas de Gandiol le dijeron a Mademba —yo lo supe por boca de Fary Thiam, que nos quería a los dos—, le dijeron: «Mira cómo Alfa Ndiaye florece en hermosura y mírate a ti flaco y feo. Él absorbe todas tus fuerzas vitales para tu perjuicio y su beneficio, porque es un *dëmm*, un devorador de almas sin piedad. Abandónalo, no lo trates más, de lo contrario te diriges a tu pulverización. ¡Se te va a secar el cuerpo por dentro hasta quedar reducido a polvo!» Pero Mademba, pese a estas maledicciones, nunca me abandonó a mi belleza resplandeciente. Por la verdad de Dios, Mademba nunca se creyó que yo fuese un *dëmm*. Al contrario, cuando vi llegar a Mademba con el labio partido, no dudé que se había peleado para defenderme de las malas personas de Gandiol. Fue Fary Thiam quien me lo contó justo antes de que nos marchásemos, Mademba y yo, a la guerra en Francia. Gracias a Fary, que nos quería a ambos, comprendí que pese a su pecho estrecho de pichón, sus brazos y aquellos muslos que daban miedo

de lo flacos que eran, Mademba, mi más que hermano, no temía los golpes de muchachos más fuertes que él. Por la verdad de Dios, es más fácil ser valiente cuando se tiene un pecho ancho y unos brazos y unos muslos tan macizos y fuertes como los míos. Pero los verdaderamente valientes como Mademba son los que no tienen miedo de los golpes a pesar de su debilidad. Por la verdad de Dios, ahora que me lo puedo confesar, Mademba era más valiente que yo. Pero sé, he comprendido demasiado tarde, que debería habérselo dicho antes de que muriera.

Así que aunque no hable el francés de la señorita François, comprendí el lenguaje de sus ojos posados en el centro de mi cuerpo. No era difícil de entender. Era el mismo que el de Fary Thiam y el de las demás mujeres que me han deseado.

Pero, por la verdad de Dios, en el mundo de antes yo no había querido a otra que a Fary Thiam. Fary no era la chica más guapa de mi quinta, pero era aquella cuya sonrisa más me agitaba el corazón. Fary era muy muy conmovedora. Fary tenía la voz suave como el murmullo del río surcado por las piraguas en las mañanas de pesca silenciosa. La sonrisa de Fary era una aurora, y tenía las nalgas tan redondeadas como las dunas del desierto de Lompoul. Fary tenía ojos de cierva y de león a la vez. Tan pronto tornado de arena como océano de tranquilidad. Por la verdad de Dios, habría podido perder la amistad de Mademba por ganarme el amor de Fary. Afortunadamente, me escogió a mí en lugar de a Mademba. Afortunadamente, mi más que hermano desapareció de mi vista. Fue gracias a que Fary me escogió ante la vista de todos por lo que Mademba desistió.

Me eligió una noche de la temporada de lluvias. Con los de mi quinta habíamos organizado una noche blanca, una vigilia, una noche sin dormir para tratar de brillar a través de nuestras ocurrencias hasta el alba, en la finca de los padres de Mademba. Beberíamos té moruno, comeríamos dulces con las chicas de nuestra quinta en el patio de los Mademba. Hablaríamos de amor con medias palabras. Reunimos fondos y compramos en la tienda

del pueblo tres paquetes de té moruno y un gran cucurucho azul de azúcar. Con todo aquel azúcar confeccionamos un centenar de pastelillos de mijo. Extendimos unas grandes esteras sobre la arena fina del patio de los Mademba. Llegada la noche, colocamos siete pequeñas teteras esmaltadas de rojo sobre los hierros incandescentes de siete pequeños anafes que chisporroteaban. Dispusimos con premura los pastelillos de mijo en grandes platos metálicos que imitaban la loza de Francia, alquilados en la tienda. Nos pusimos nuestras mejores camisas, las más claras que encontramos para resplandecer bajo el claro de luna. Yo no tenía ninguna camisa con botones. Mademba me dio una que me quedaba demasiado pequeña, pero resplandecí pese a todo cuando las dieciocho chicas de nuestra quinta hicieron su entrada en la finca de los Mademba.

Teníamos dieciséis años y todos queríamos a Fary Thiam, que sin embargo no era la más guapa. Y Fary Thiam me escogió a mí de entre todos. En cuanto me divisó sentado en la estera, se vino a sentar a la turca muy pegada a mí, hasta el punto de tocar mi muslo derecho con el suyo izquierdo. Por la verdad de Dios, creí que el corazón me iba a reventar las costillas por dentro según latía, latía, latía. Por la verdad de Dios, a partir de ese momento supe lo que era ser feliz. No he conocido alegría más grande que la que me dio Fary cuando me escogió bajo la luz brillante de la luna.

Teníamos dieciséis años y ganas de reírnos. Contamos uno tras otro historias graciosas llenas de sobrentendidos picarones, inventamos acertijos. Vinieron a colarse entre nosotros los hermanos y hermanas pequeños de Mademba, que se durmieron unos tras otros escuchándonos. Y yo me sentía como el rey de la Tierra entera porque Fary me había escogido a mí y no a otro. Cogí la mano derecha de Fary para apretarla en mi mano derecha y ella se dejó hacer, confiada. Por la verdad de Dios, no había otra igual a Fary Thiam. Pero Fary no quería entregarse a mí. Todas las veces que le pedí que me dejase meterme en su cuerpo a partir de aquella noche en la que me escogió de entre todos los de mi quinta, me rechazó. Fary me estuvo diciendo «no», «no» y «no» durante cuatro

años. Un chico y una chica de la misma quinta nunca hacen el amor. Ni aunque se hayan escogido para ser amigos íntimos de por vida, un chico y una chica de la misma quinta nunca se convierten en marido y mujer. Yo lo sabía, conocía esa fastidiosa ley. Por la verdad de Dios, conocía la regla ancestral, pero no la aceptaba.

Tal vez empecé a pensar por mi cuenta mucho antes de la muerte de Mademba. Como dice el capitán, no hay humo sin fuego. Como dice un proverbio de los nómadas peul: «A partir del alba se puede adivinar si la jornada será buena o mala.» Tal vez mi espíritu comenzaba a dudar de la voz del deber, demasiado disfrazada, demasiado bien vestida para ser honesta. Tal vez mi espíritu se preparaba ya para decir «no» a las leyes inhumanas que se hacen pasar por humanas. Pero conservaba la esperanza, pese a su rechazo, aun cuando supiera, comprendiera por qué Fary siempre me dijo «no» hasta la víspera de partir a la guerra Mademba y yo.

XVI

Por la verdad de Dios, el doctor François es un buen hombre. El doctor François nos deja tiempo para pensar, para recobrarlos. El doctor François nos reúne, a mí y a los demás, en una gran sala donde hay mesas y sillas como en la escuela. Mademba sabía hablar francés, yo no. El doctor François es como un maestro de escuela. Nos dice que nos sentemos en las sillas y encima de cada mesa su hija, la señorita François, toda vestida de blanco, coloca un folio y un lápiz. Luego, por gestos, el doctor François nos pide que dibujemos todo lo que queramos. Yo sé, he entendido que tras esas gafas tuyas que agrandan sus ojos azules gemelos el doctor François observa el interior de nuestras cabezas. Sus ojos azules gemelos no son como los de los enemigos de enfrente, que pretenden separarnos la cabeza del resto del cuerpo por medio de pequeños obuses maliciosos. Sus ojos azules gemelos penetrantes nos escudriñan para salvar nuestras cabezas. Yo sé, he comprendido, que nuestros dibujos están ahí para ayudar a limpiar nuestros espíritus de las porquerías de la guerra. Yo sé, he comprendido, que el doctor François es un purificador de nuestras cabezas emporcadas de guerra.

Por la verdad de Dios, el doctor François es relajante. El doctor François no nos habla casi nunca. No nos habla más que con los ojos. Eso me viene bien porque no sé hablar francés, al contrario que Mademba, que fue a la escuela de los toubabs. De modo que hablo con el doctor François por medio de dibujos. Mis dibujos agradan mucho al doctor François, que me lo dice por medio de sus dos grandes ojos azules gemelos cuando me mira sonriendo. El

doctor François meneaba la cabeza y comprendo lo que quiere decirme. Quiere decirme que lo que dibujo es muy bonito y muy elocuente. Yo sé, he comprendido muy rápido que mis dibujos cuentan mi historia. Sé, he comprendido que el doctor François lee mis dibujos como una historia.

Lo que dibujé primero en el folio que me dio el doctor François fue una cabeza de mujer. Dibujé la cabeza de mi madre. Por la verdad de Dios, mi madre es muy guapa en mi recuerdo y la dibujé bien peinada a la moda peul, bien engalanada con sus alhajas a la moda peul. El doctor François no podía creerse la de detalles de mi dibujo. Sus dos grandes ojos azules gemelos tras las gafas me lo dijeron a las claras. Con tan solo mi lápiz, le di vida a la cabeza de mi madre. Sé, comprendí muy rápido, lo que daba vida a una cabeza dibujada a lápiz, a un retrato de mujer como el de mi madre. Lo que da vida en el papel es el juego de sombras y luces. Puse brillos de luz en los grandes ojos de mi madre. Los brillos de luz surgieron de las chispas blancas del papel que no pinté de negro. La vida de su cabeza nació también de las minúsculas parcelas de papel que mi lápiz de mina coloreó apenas de negro. Por la verdad de Dios, supe, comprendí, descubrí cómo, con un simple lápiz, podía contar al doctor François lo guapa que era mi madre peul con sus pesados colgantes de oro trenzado en las orejas y los finos anillos de oro rojo colgados de las aletas de la nariz aguileña. Podía decirle al doctor François lo guapa que era mi madre en mis recuerdos de niño por medio de sus párpados sombreados, por sus labios pintados entreabiertos sobre hermosos dientes blancos muy muy bien alineados y por su casco de trenzas salpicadas de piezas de oro. La dibujé a base de sombra y luz. Por la verdad de Dios, creo que mi dibujo estaba tan vivo que el doctor François oyó a mi madre decirle con su boca dibujada que se había ido, pero que no me había olvidado. Que se había ido dejándome con mi padre, aquel hombre anciano, pero que no había dejado de quererme.

Mi madre fue la cuarta y última esposa de mi padre. Mi madre fue para él motivo de alegría y luego de tristeza. Mi madre fue la hija

única de Yoro Ba. Yoro Ba era un pastor peul que cada año hacía pasar a su rebaño por en medio de los campos de mi padre, en la época de la trashumancia hacia el sur. Su rebaño, venido del valle del río Senegal, desembocaba durante la estación seca en las llanuras eternamente herbosas de los Niayes, pegadas a Gandiol. Yoro Ba le tenía cariño a mi padre, aquel anciano, porque este le permitía el acceso a sus pozos de agua dulce. Por la verdad de Dios, a los agricultores de Gandiol no les gustan los pastores peul. Pero mi padre no era un agricultor como los demás. Mi padre abrió un paso en medio de sus campos hasta sus pozos para el rebaño de Yoro Ba. Mi padre siempre decía a cualquiera que quisiera oírlo que todos tenemos que vivir. Mi padre llevaba la hospitalidad en la sangre.

No se hace un regalo tan hermoso impunemente a un peul digno de tal nombre. Un peul digno de tal nombre como Yoro Ba, que guiaba su rebaño por en medio de los campos de mi padre para llevarlos a abreviar a sus pozos, no podía dejar de hacerle a su vez un regalo muy muy importante. Por la verdad de Dios, fue mi madre quien me lo dijo: un peul a quien se le hace un regalo que no es capaz de corresponder puede morir de pena. Un peul, me contó, es capaz de desnudarse por mostrarse agradecido a un griot adulador si no le queda otra cosa que su ropa para darle. Un peul digno de tal nombre, me dijo, puede llegar a cortarse una oreja para recompensar a un griot adulador cuando no le queda otra cosa que un pedazo de su cuerpo para darle.

Para Yoro Ba, que era viudo, aparte de su rebaño de vacas blancas, rojas y negras, lo que valía más era su hija de entre sus cinco hijos varones. Por la verdad de Dios, para Yoro Ba, su hija Penndo Ba no tenía precio. Para Yoro Ba, su hija habría merecido desposarse con un príncipe. Penndo habría podido valerle una dote real, como mínimo un gran rebaño equivalente al suyo, como mínimo treinta dromedarios entre los moriscos del norte. Por la verdad de Dios, fue mi madre quien me lo contó.

Entonces Yoro Ba, dado que era un peul digno de tal nombre, anunció a mi padre, aquel hombre anciano, que le daría a su hija

Penndo Ba en matrimonio a la trashumancia siguiente. Yoro Ba no le pidió dote por su hija. No quiso más que una cosa: que mi padre fijase la fecha de la ceremonia de su boda con Penndo. Yoro Ba lo proveería todo, compraría los trajes y las alhajas de oro trenzado de la novia, sacrificaría veinte reses de su rebaño el día de la boda. Pagaría a los griots aduladores con decenas de metros de telas caras, pesado bombasí bordado e indianas ligeras fabricadas en Francia.

No se le dice «no» a un peul digno de tal nombre que te entrega a su hija adorada en matrimonio para devolver la hospitalidad concedida a su rebaño. Se puede preguntar «¿por qué?» a un peul digno de tal nombre, pero no se le puede decir «no». Por la verdad de Dios, mi padre preguntó «¿por qué?» a Yoro Ba, que le respondió, y esto me lo contó mi madre: «Bassirou Coumba Ndiaye, tú eres un simple agricultor, pero nobilísimo. Como dice un proverbio peul: “Mientras el hombre no esté muerto, no está terminado de crear.” He visto a muchos hombres a lo largo de mi vida, pero ninguno como tú. Me aprovecho de tu sabiduría para crecer en sabiduría. Dado que tienes el sentido de la hospitalidad de un príncipe, al entregarte a mi hija Penndo mezclo mi sangre con la de un rey que no sabe que lo es. Al entregarte a Penndo en matrimonio reconcilio la inmovilidad y la movilidad, el tiempo que se detiene y el tiempo que pasa, el pasado y el presente. Reconcilio los árboles arraigados y el viento que agita sus hojas, la tierra y el cielo.»

No se puede decir «no» a un peul que te da su propia sangre. De modo que mi padre, ese anciano que ya tenía tres mujeres, dijo «sí» a la cuarta, con el consentimiento de las tres primeras. Y la cuarta mujer de mi padre, Penndo Ba, es la que me dio la vida.

Pero siete años después del casamiento de Penndo Ba, seis después de mi nacimiento, Yoro Ba, sus cinco hijos y su rebaño no aparecieron en Gandiol.

Durante dos años seguidos Penndo Ba no hizo sino vivir a la espera de su regreso. El primer año, Penndo siguió siendo amable con las otras esposas, con su marido, conmigo, su hijo único, pero no era feliz. No soportaba la inmovilidad. Penndo había aceptado a

mi padre, aquel anciano, recién salida de la infancia. Había aceptado casarse con él por respeto a la palabra dada, por respeto a Yoro Ba. Penndo había acabado amando a Bassirou Coumba Ndiaye, mi padre, porque era justo su opuesto. Era viejo como un paisaje inmutable, ella era joven como un cielo cambiante. Él era inmóvil como un baobab, ella era hija del viento. A veces los contrarios se fascinan de tan alejados que están el uno del otro. Penndo acabó por amar a mi padre, aquel anciano, porque en él se concentraba toda la sabiduría de la tierra y las estaciones que se repiten. Mi padre, aquel anciano, idolatraba a Penndo porque era lo que no era él: el movimiento, la inestabilidad jubilosa, la novedad.

Pero Penndo solo había soportado la inmovilidad durante siete años con la condición de que su padre, sus hermanos y su rebaño volvieran cada año a verla a Gandiol. Ellos llevaban encima el olor del viaje, el olor de los campamentos entre la maleza, el olor de las vigilias para defender el rebaño de los leones hambrientos. Llevaban en los ojos el recuerdo de los animales extraviados por el camino y siempre encontrados, vivos o muertos, nunca abandonados. Ellos le hablaban de la ruta perdida bajo la polvareda del día y reencontrada a la luz de las estrellas. Ellos le contaban en el idioma cantarín de los peul, el fulfulde, todo el año de vida nómada cada vez que volvían a pasar por Gandiol para reconducir su gran rebaño de vacas blancas, rojas y negras hacia las llanuras eternamente herbosas de los Niayes.

Penndo, que solo soportaba Gandiol esperando que volviesen, empezó a marchitarse a partir del primer año de su ausencia. Penndo Ba dejó de reírse definitivamente la segunda vez que no acudieron. Todas las mañanas durante la estación seca, cuando deberían haber estado allí, me llevaba a ver los pozos donde Yoro Ba abrevaba a su rebaño. Contemplaba con tristeza la ruta trazada para ellos por mi padre en medio de sus campos. Aguzaba el oído, esperando oír el lejano mugido de los animales de Yoro Ba y de sus hermanos. Yo le miraba a hurtadillas los ojos enloquecidos de soledad y de remordimientos al volver los dos lentamente a Gandiol

tras horas de espera en secreto en las fronteras del norte más alejadas del pueblo.

Yo tenía nueve años cuando mi padre, que amaba a Penndo Ba, le propuso que partiese a buscar a Yoro Ba, sus hermanos y su rebaño. Mi padre prefería que se marchase a que se muriese. Sé, he comprendido, que mi padre prefería saber que mi madre estaba con vida lejos de él antes que muerta a su vera, tendida en el cementerio de Gandiol. Lo sé, lo comprendí porque mi padre se volvió un anciano cuando Penndo nos dejó. De un día para otro se le puso el pelo blanco por completo. De un día para otro se le encorvó la espalda. De un día para otro mi padre se quedó inmóvil. Tan pronto como Penndo se marchó, mi padre empezó a esperarla. Por la verdad de Dios, a nadie se le ocurrió burlarse de él.

Penndo quiso llevármeme con ella, pero mi padre, aquel anciano, se negó. Mi padre dijo que yo era demasiado joven para salir a la aventura. No sería fácil encontrar a Yoro Ba cargando con un niño pequeño. Pero yo sé, he comprendido, que en realidad mi padre tenía miedo de que Penndo no volviera nunca si yo me iba con ella. Conmigo en Gandiol se aseguraba de que tuviera una razón muy muy importante para volver a casa. Por la verdad de Dios, lo que mi padre llegaba a amar a su Penndo.

Una tarde, poco antes de marcharse, Penndo Ba, mi madre, me estrechó entre sus brazos. Me dijo en su idioma cantarín, el fulfulde, que ya no entiendo desde que dejé de oírlo hablar, que ya era un niño mayor, que podía contarme sus motivos. Necesitaba saber qué le había pasado a mi abuelo, a mis tíos y a su rebaño. No se abandona a quien te ha dado la vida. Por la verdad de Dios, las palabras de mi madre me hicieron bien y mal. Me apretujó entre sus brazos y no dijo nada más. Igual que mi padre, en cuanto se fue empecé a esperarla.

Mi padre, aquel anciano, le pidió a mi medio hermano Ndiaga, el pescador, que llevase a Penndo en piragua lo más lejos posible por el río hacia el norte, luego hacia el este. Mi madre consiguió que la acompañase medio día. Ndiaga ató una pequeña piragua detrás de la grande que nos transportaba a mí, a mi madre y a Saliou, otro de

mis medio hermanos, que debía llevarme consigo a Gandiol llegado el momento. Sentados uno al lado del otro en el banco de proa de la piragua, en silencio, nos cogimos de la mano mi madre y yo. Miramos juntos el horizonte del río sin verlo realmente. El balanceo, al azar de sus caprichos, me hacía apoyar a ratos la cabeza en el hombro desnudo de Penndo. Notaba los destellos de calor de su piel contra mi oreja derecha. Acabé por colgarme de su brazo para que la cabeza no se me separase de su hombro. Soñé que la diosa Mame Coumba Bang nos retenía en el centro del río, a pesar de las libaciones de leche cuajada que le habíamos ofrecido al dejar las orillas de nuestro pueblo. Yo rogaba que rodease nuestra piragua con sus largos brazos líquidos, que sus cabellos de algas morenas dificultasen nuestro avance a pesar de los golpes de remo con que mis medio hermanos le golpeaban la espalda para remontar el curso caudaloso. Sofocados por su labor de agricultores de río que trazan surcos invisibles en el agua, Ndiaga y Saliou callaban. Estaban tan tristes por mí como afligidos por que mi madre se separase de su hijo único. Hasta mis medio hermanos querían a Penndo Ba.

Llegó el momento de separarnos. Mudos, con la cabeza y los ojos bajos, tendimos las manos juntas hacia mi madre para que nos bendijese. La escuchamos murmurar unas plegarias desconocidas, unas largas plegarias de bendición de un Corán que conocía mejor que nosotros. Cuando se calló, nos pasamos las palmas de las manos juntas por la cara para aprovechar hasta el último atisbo de sus plegarias, como si bebiésemos de la fuente original. Luego Saliou y yo pasamos a la pequeña piragua que Ndiaga había desatado con un gesto brusco de cólera contenida contra sí mismo, contra las lágrimas que le subían a los ojos. Entonces mi madre me miró intensamente una última vez para fijar mi imagen en su memoria. Y luego, mientras a mi piragua se la llevaba el suave chapoteo de la corriente, me dio la espalda. Yo sé, he comprendido que no quería que la viese llorar. Por la verdad de Dios, una mujer peul digna de tal nombre no llora delante de sus hijos. Yo lloré mucho mucho.

Nadie sabe qué le sucedió realmente a Penndo Ba. Mi medio hermano Ndiaga la llevó en piragua hasta el pueblo de Saint-Louis. Allí se la confió a otro pescador llamado Sadibou Guèye, que debía conducirla a cambio de un cordero, en su piragua de comercio, hasta Walaldé, en el Diéri,^[2] donde normalmente acampaban por aquella época del año Yoro Ba, sus cinco hijos y su rebaño. Pero como el río tenía tan poco caudal, Sadibou Guèye le confió a Penndo a uno de sus primos, Badara Diaw, para que la acompañase a pie hasta Walaldé siguiendo la orilla del río. Algunos testigos los vieron poco más allá del pueblo de Mboyo antes de que se evaporasen entre los matorrales. Badara Diaw y mi madre no llegaron jamás a Walaldé.

Nos enteramos cuando mi padre, al cabo de un año, cansado de esperar noticias de Penndo y de Yoro Ba, envió a mi medio hermano Ndiaga a interrogar a Sadibou Guèye, que, de inmediato, se presentó en Podor, donde vivía Badara Diaw. La familia de Badara Diaw, al mes de no tener noticias suyas, lo había mandado a buscar por el camino que anunció que tomaría con mi madre. Llorando lágrimas de sangre contaron a Sadibou Guèye la desgracia que creían que había tenido lugar. Seguramente, a Badara y Penndo se los habían llevado, poco más allá de Mboyo, una decena de jinetes moriscos de los cuales los aldeanos habían encontrado huellas en las márgenes del río. Los moriscos del norte secuestran negros para convertirlos en esclavos. Sé, he comprendido que al ver a Penndo Ba tan hermosa decidieron llevársela para vendérsela a su gran jeque por treinta dromedarios. Sé, he comprendido que se llevaron a su compañero de camino Badara Diaw para que nadie supiera de quién había que vengarse.

De manera que, en cuanto se enteró de la noticia del secuestro de Penndo Ba a manos de los moriscos, mi padre entró definitivamente en la vejez. Siguió riéndose, sonriéndonos, bromeando sobre el mundo y sobre él, pero ya nunca fue el mismo. Por la verdad de Dios, perdió de golpe la mitad de su juventud, perdió la mitad de su alegría de existir.

XVII

El segundo dibujo que le hice al doctor François fue un retrato de Mademba, mi amigo, mi más que hermano. Ese dibujo era menos bonito. No porque me saliera peor, sino porque Mademba era feo. Todavía lo pienso, aunque no sea del todo cierto, porque, a pesar de la muerte que nos separa, el derecho de burla sigue existiendo entre nosotros. Pero si Mademba no era tan hermoso como yo exteriormente, por dentro lo era más.

Cuando mi madre se marchó para siempre, Mademba me acogió en su casa. Me cogió de la mano y me hizo entrar en la finca de sus padres. Me instalé en casa de Mademba poco a poco. Primero dormí una noche, luego dos seguidas, luego tres. Por la verdad de Dios, mi entrada en la vida de la familia de Mademba Diop fue lenta. Yo ya no tenía mamá. Mademba, a quien le daba pena, más que a ninguna otra persona de Gandiol, quiso que su madre me adoptara. Mademba me cogió de la mano y me llevó hasta Aminata Sarr. Puso mi mano en la de su madre y le dijo: «Quiero que Alfa Ndiaye viva con nosotros, quiero que te conviertas en su mamá.» Las otras esposas de mi padre no eran malas, incluso eran amables conmigo, sobre todo la primera, la madre de Ndiaga y de Saliou. Pero, pese a todo, salí poco a poco de mi familia para entrar en la de Mademba. Mi padre, aquel anciano, lo aceptó sin decir nada. Le dijo «sí» a Aminata Sarr, la madre de Mademba, que quería adoptarme. Mi padre pidió incluso a su primera mujer, Aïda Mbengue, que entregase en cada fiesta de Tabaski la mejor parte del cordero sacrificado en honor de Aminata Sarr. Incluso acabó enviando cada año un cordero de sacrificio entero a la finca de la familia de

Mademba. Mi padre, aquel anciano, no podía verme sin que le entrasen ganas de llorar. Yo sé, he comprendido que me parecía demasiado a Penndo.

Poco a poco la tristeza se fue, y poco a poco Aminata Sarr y Mademba me hicieron olvidar con la ayuda del paso del tiempo el dolor que muerde. Al principio, Mademba y yo nos íbamos a jugar a los matorrales, siempre hacia el norte. Él y yo, entre nosotros, sabíamos, comprendíamos por qué. Pero nos callábamos nuestra esperanza de ser los primeros en volver a ver a mi madre Penndo, a Yoro Ba, a sus cinco hijos y su rebaño. Le contábamos a Aminata Sarr que nuestras expediciones de un día rumbo norte eran para atrapar ardillas rayadas con trampas, que era para cazar tórtolas con tirachinas. Ella nos daba su bendición y algunas provisiones, tres pellizcos de sal y una calabaza de agua fresca. Y cuando atrapábamos ardillas rayadas o tórtolas y las asábamos —después de vaciarlas, desplumarlas o despedazarlas—, empaladas sobre una fogata discreta de ramitas secas, nos olvidábamos de mi madre, de su padre, de sus cinco hermanos y de su rebaño. Viendo crepitar las llamas anaranjadas de nuestra pequeña hoguera, espabilados de vez en cuando por la grasa que rezumaba de la piel cuarteada de nuestra carne de caza, no pensábamos ya en el dolor de la ausencia que retuerce las entrañas, sino en el hambre que no las retuerce menos. Dejamos de soñar que Penndo se escapaba de su cautiverio morisco por un milagro increíble, que se encontraba en Walaldé con su padre, sus cinco hermanos y su rebaño y que volvían juntos a Gandiol. En aquella época demasiado cercana a su secuestro, yo no sabía cómo superar la ausencia irremediable de mi madre más que jugando a cazadorescocineros de ardillas rayadas y de tórtolas con Mademba, mi más que hermano.

Crecimos poco a poco, Mademba y yo. Y poco a poco renunciamos a tomar el camino del norte de Gandiol para esperar el regreso de Penndo. A la edad de quince años nos circuncidaron el mismo día. Fuimos iniciados en los secretos de la edad adulta por el mismo anciano del pueblo. Él nos explicó cómo comportarnos. El secreto más grande que nos contó fue que no es el hombre quien

dirige los acontecimientos, sino que son los acontecimientos los que dirigen al hombre. Los acontecimientos que sorprenden al hombre han sido vividos por otros hombres antes que él. Todas las posibilidades humanas han sido experimentadas. Nada de lo que aquí abajo nos pasa, por grave o provechoso que sea, es nuevo. Pero lo que experimentamos es siempre nuevo, dado que cada hombre es único, como cada hoja de un mismo árbol es única. El hombre comparte con los demás hombres la misma savia, pero se alimenta de manera distinta. Aun cuando lo nuevo no sea verdaderamente nuevo, siempre son nuevos para aquellos que recalán en el mundo, generación tras generación, ola tras ola. Así que, para orientarse en la vida, para no perderse por el camino, hay que escuchar la voz del deber. Pensar demasiado por cuenta propia es traición. Aquel que comprende este secreto tiene posibilidades de vivir en paz. Pero no hay ninguna garantía.

Me hice alto y fuerte, y Mademba se quedó pequeño y enclenque. Cada año, en la estación seca, se me hacía un nudo en la garganta por el ansia de volver a ver a Penndo. Solo sabía quitarme a mi madre de la cabeza extenuando mi cuerpo. Trabajé en los campos de mi padre y en los de Siré Diop, el padre de Mademba, bailé, nadé, luché, mientras que Mademba se pasaba el día sentado estudiando, estudiando un día tras otro. Por la verdad de Dios, Mademba se sabía el Libro Santo como nadie más en Gandiol. Recitaba de memoria el Santo Corán a la edad de doce años, mientras que yo a los quince a duras penas sabía balbucear mis plegarias. En cuanto fue más sabio que nuestro morabito, Mademba quiso ir a la escuela de los blancos. Siré Diop, que no quería que su hijo fuera un agricultor como él, aceptó con la condición de que yo lo acompañase. Durante los años siguientes, lo escolté hasta la puerta de la escuela, que solo franqueé una vez. No me entraba nada en la cabeza. Sé, he comprendido que el recuerdo de mi madre solidificaba toda la superficie de mi espíritu, duro como el caparazón de una tortuga. Sé, he comprendido que no había bajo ese caparazón nada más que el vacío de la espera. Por la verdad de Dios, el lugar del saber ya estaba ocupado. De manera que

preferí trabajar en los campos, bailar y luchar para demostrar mi fuerza hasta los límites más extremos, para no pensar más en el regreso imposible de mi madre Penndo Ba. Hasta que no murió Mademba mi espíritu no se abrió para dejarme observar lo que allí se disimulaba. Se diría que a la muerte de Mademba una tremenda granizada de guerra metálica cayó del cielo partiendo en dos el caparazón. Por la verdad de Dios, un sufrimiento nuevo se vino a sumar a un sufrimiento antiguo. Los dos se contemplaron, los dos se explicaron el uno con el otro, los dos se dieron mutuamente sentido.

Cuando llegamos a nuestro vigésimo año, Mademba quiso ir a la guerra. La escuela le había metido en la cabeza la idea de salvar la patria, Francia. Mademba quería ser alguien en Saint-Louis, un ciudadano francés: «Alfa, el mundo es vasto, quiero echarle un vistazo. La guerra es una oportunidad de marcharse de Gandiol. Si Dios quiere, volveremos sanos y salvos. Cuando volvamos como ciudadanos franceses, nos instalaremos en Saint-Louis. Nos meteremos en el comercio. Nos haremos mayoristas y abasteceremos de productos alimentarios todas las tiendas del norte de Senegal, ¡Gandiol incluido! En cuanto seamos ricos buscaremos y encontraremos a tu madre y se la compraremos a los jinetes moriscos que se la llevaron.» Yo lo seguí en su sueño. Por la verdad de Dios, se lo debía con creces. Y, además, me dije que si yo también me convertía en alguien, un fusilero senegalés profesional, bien podría ser que en compañía de mi destacamento me pasase a visitar a algunas tribus de moriscos del norte con mi fusil reglamentario en la mano izquierda y mi machete salvaje en la mano derecha.

La primera vez los soldados de reclutamiento le dijeron «no» a Mademba. Mademba era demasiado enclenque, tan ligero y delgado como una grulla coronada. Mademba no era apto para la guerra. Pero, por la verdad de Dios, Mademba era tozudo. Mademba me pidió que lo ayudase a ganar resistencia ante el agotamiento físico, él, que hasta entonces no tenía resistencia más que para el agotamiento mental. De manera que, durante dos meses enteros, forcé las pequeñas fuerzas de Mademba para que diesen el máximo

de sí. Lo hice correr en la pesada arena bajo el sol de plomo del mediodía, lo hice atravesar el río a nado, lo hice golpear la tierra de los campos de su padre con la *daba*^[3] durante horas y horas. Por la verdad de Dios, lo obligué a comer cantidades enormes de sopa de mijo mezclada con leche cuajada y mantequilla de cacahuete como hacen los luchadores dignos de tal nombre para ponerse macizos.

La segunda vez, los soldados de reclutamiento dijeron «sí». No lo reconocieron. De grulla coronada había pasado a ser una buena perdiz. Le dibujé al doctor François la risa que apareció en la cara de Mademba Diop cuando le expliqué que si quería hacerse luchador, ya le había encontrado apodo de combate: ¡Pechopalomo! Dibujé con sombras y luces los ojos de Mademba arrugados por la risa cuando añadí que su tótem no lo reconocería de tanto como había cambiado las plumas.

XVIII

En la vigilia de nuestra partida hacia la guerra de Francia, Fary Thiam me dijo «sí» con la mirada, discretamente, en medio de las chicas y los chicos de nuestra quinta. Era una noche de luna llena, teníamos veinte años y ganas de reírnos. Nos contamos breves historias graciosas llenas de sobrentendidos picarones y también acertijos. Aquella vigilia, aquella noche blanca, no se celebró en la finca de los padres de Mademba, como cuatro años atrás. Los hermanos y hermanas pequeños de Mademba se habían hecho demasiado mayores para dormirse con nuestras historias ambiguas. Estábamos sentados en grandes esteras en un rincón de una calle arenosa del pueblo, al amparo de las ramas bajas de un mango. Fary estaba más guapa que nunca con un traje amarillo azafrán que le ceñía el pecho, la cintura y las caderas. Bajo la luna, el traje parecía todo blanco. Fary me echó una mirada profunda y rápida que quería decir: «Cuidado, Alfa, va a pasar algo importante!» Fary me apretó la mano como la noche en que me escogió cuando teníamos dieciséis años, miró subrepticamente el centro de mi cuerpo y luego se levantó y se despidió de los congregados. Esperé a que hubiese desaparecido por la esquina de la calle y me levanté también para seguirla de lejos hasta el bosquecillo de ébanos donde no tuvimos miedo de toparnos con la diosa de la lluvia, Mame Coumba Bang, tanto era nuestro deseo, el mío de meterme entre sus muslos y el de Fary de que me metiese.

Sé, he comprendido por qué Fary Thiam me abrió el interior de su cuerpo antes de que partiéramos a la guerra Mademba y yo. El interior del cuerpo de Fary estaba caliente, suave y mullido. Yo

nunca había probado por la boca o por la piel nada tan caliente, suave y mullido como el interior del cuerpo, de Fary Thiam. La parte de mi cuerpo, mi fuera-dentro, que entró en el cuerpo de Fary nunca había recibido una caricia tan envolvente de arriba abajo, ni en la arena caliente al borde del océano donde, tendido panza abajo, a menudo lo había clavado para darme placer, ni en el secreto de las aguas del río bajo las caricias de mis manos jabonosas. Por la verdad de Dios, no había experimentado nada mejor en mi vida que el tierno calor mojado del interior del cuerpo de Fary, y sé, he comprendido por qué ella me lo hizo probar en perjuicio del honor de su familia.

Yo creo que Fary comenzó a pensar por su cuenta antes que yo. Creo que quería que un cuerpo tan hermoso como el mío conociese la felicidad de aquella suavidad antes de desaparecer en la guerra. Sé, he comprendido que Fary quiso hacer de mí un hombre completo antes de que me marchase a ofrecer mi hermoso cuerpo de luchador a los golpes sangrantes de la guerra. Fue por eso por lo que Fary se me entregó a pesar de la prohibición ancestral. Por la verdad de Dios, mi cuerpo había experimentado toda clase de grandes alegrías antes de Fary. Comprobé su fuerza en combates de lucha encadenados uno detrás de otro, lo llevé casi al límite de su resistencia con largas carreras por la pesada arena de la playa después de atravesar el río a nado. Lo salpiqué de agua de mar bajo un sol de mil demonios, lo refresqué con agua fresca sacada del fondo de los pozos de Gandiol, tras dar grandes golpes de *daba* en la tierra de los campos de mi padre y de Siré Diop durante horas y horas. Por la verdad de Dios, mi cuerpo conoció el placer de alcanzar los límites de su fuerza, pero jamás nada fue tan intenso como el interior caliente, suave y mullido de Fary. Por la verdad de Dios, Fary me ofreció el regalo más hermoso que una muchacha pueda hacer a un muchacho la víspera de su partida a la guerra. Morir sin haber conocido todas las alegrías del cuerpo no es justo. Por la verdad de Dios, sé bien que Mademba no conoció esta alegría de penetrar en el interior del cuerpo de una mujer. Lo sé, murió antes de convertirse en un hombre completo. Lo habría sido si

hubiera conocido la suavidad tierna, mullida y esponjosa del interior de una mujer amada. Pobre Mademba inacabado.

Sé, he comprendido por qué otro motivo Fary Thiam me abrió el interior de su cuerpo antes de que Mademba y yo nos marchásemos a la guerra. Cuando el rumor de la guerra llegó al pueblo, Fary comprendió perfectamente que Francia y su ejército se me llevarían con ellos. Ella supo, comprendió que me marcharía para siempre. Supo, comprendió que, incluso aunque no muriese en la guerra, no volvería a Gandiol. Supo, comprendió, que me instalaría en Saint-Louis de Senegal con Mademba Diop, que quería convertirme en alguien importante, un fusilero senegalés profesional, con una buena pensión para aliviar los últimos años de mi anciano padre y para encontrar a mi madre Penndo Ba un día. Fary Thiam comprendió que Francia se me iba a llevar con ella, muriese o continuase con vida.

He aquí también por qué Fary me ofreció el interior caliente, esponjoso y mullido de su cuerpo antes de que partiese con los toubabs a hacer la guerra, a pesar del honor de la familia Thiam, a pesar del odio que su padre sentía hacia el mío.

XIX

Abdou Thiam es el jefe del pueblo de Gandiol. Así lo ha querido el derecho consuetudinario. Abdou Thiam detesta a mi padre porque mi padre, ese anciano, lo dejó en ridículo delante de todo el mundo. Abdou Thiam es el recaudador de impuestos del pueblo y por ello convocó un día una gran asamblea de ancianos que enseguida fueron rodeados por toda la gente de Gandiol. Inspirado por un enviado del rey de Cayor e incitado por un enviado del gobernador de Saint-Louis, Abdou Thiam dijo que convenía tomar un nuevo camino, que había que cultivar cacahuete en lugar de mijo, cacahuete en lugar de tomates, cacahuete en lugar de cebollas, cacahuete en lugar de coles, cacahuete en lugar de sandía. El cacahuete suponía dinero a espuestas para todos. El cacahuete suponía dinero para pagar los impuestos. El cacahuete proporcionaría nuevas redes a los pescadores. El cacahuete permitiría cavar nuevos pozos. El dinero del cacahuete supondría casas de ladrillo, una escuela en terreno firme, chapa ondulada en los tejados de las cabañas. El dinero del cacahuete supondría trenes y carreteras, motores para las piraguas, dispensarios y maternidades. Los cultivadores del cacahuete, concluyó el jefe Abdou Thiam, estarían exentos de turnos de tarea, de trabajo obligatorio. Los recalcitrantes no.

Entonces mi padre, aquel anciano, se puso en pie y pidió la palabra. Yo soy su último hijo, su último niño. Mi padre lleva una mata de pelo blanco en la cabeza desde que Penndo Ba nos dejó. Mi padre es un soldado de la vida cotidiana que no ha vivido más que para proteger a sus mujeres y a sus hijos del hambre. Día tras

día, en este río de duración que es la vida, mi padre nos proveyó de frutos de sus campos y de sus vergeles. Mi padre, ese anciano, hizo crecer y embellecer a toda la familia como a las plantas con las que nos alimentaba. Era un cultivador de árboles y de frutas, era un cultivador de niños. Brotamos rectos y fuertes como los granos que plantaba en la tierra ligera de sus campos.

Mi padre, ese anciano, se puso en pie y pidió la palabra. Alguien se la dio y él dijo:

«Yo, Bassirou Coumba Ndiaye, nieto de Sidy Malamine Ndiaye, bisnieto del nieto de uno de los cinco fundadores de nuestro pueblo, voy a decirte, Abdou Thiam, una cosa que no te va a gustar. No me niego a consagrar uno de mis campos al cultivo del cacahuete, pero me niego a consagrar todos mis campos al cacahuete. El cacahuete no puede alimentar a mi familia. Abdou Thiam, tú dices que el cacahuete es dinero, pero, por la verdad de Dios, yo no necesito dinero. Yo alimento a mi familia gracias al mijo, a los tomates, a las cebollas, a las judías rojas, a las sandías que brotan en mis campos. Tengo una vaca que me da leche, tengo unos cuantos corderos que me dan carne. Uno de mis hijos, que es pescador, me proporciona pescado seco. Mis mujeres salen a sacar sal de la tierra para todo el año. Con todos estos alimentos puedo incluso ofrecer mi casa al viajero hambriento, puedo cumplir con los deberes sagrados de la hospitalidad.

»Pero si no cultivase más que cacahuete, ¿quién alimentaría a mi familia? ¿Quién alimentaría a todos los viajeros de paso a quienes debo hospitalidad? El dinero del cacahuete no puede alimentarlos a todos. Respóndeme, Abdou Thiam, ¿no me veré obligado a venir a tu tienda a comprarte comida? Abdou Thiam, lo que voy a decirte no te va a gustar, pero un jefe del pueblo debe preocuparse por el interés de todos antes que por el suyo propio. Abdou Thiam, tú y yo somos iguales y no me gustaría venir un día a tu tienda a mendigarte arroz a crédito, aceite a crédito, azúcar a crédito para los míos. No me gustaría tampoco cerrar mi puerta al viajero hambriento por estar también yo mismo hambriento.

»Abdou Thiam, lo que voy a decirte no te va a gustar, pero el día que todos cultivemos cacahuete en todos los pueblos de los alrededores, su precio bajará. Cada vez ganaremos menos dinero y hasta tú acabarás viviendo a crédito. Un tendero que no tiene más que clientes deudores se acaba convirtiendo en el deudor de sus proveedores.

»Abdou Thiam, lo que voy a decirte no te va a gustar. Yo, Bassirou Coumba Ndiaye, he conocido el año que llamamos “del hambre”. Tu difunto abuelo te podría contar. Fue el año que siguió a las langostas, a la gran sequía, el año de los pozos secos, el año de la tormenta de polvo del norte, el año del río sin caudal para regar nuestros campos. Yo era un niño, pero recuerdo que si no lo hubiésemos compartido todo durante aquella estación seca como el infierno, si no hubiésemos compartido nuestras reservas de mijo, de judías rojas, nuestras reservas de cebollas, de mandioca, si no hubiésemos compartido nuestra leche y nuestros corderos, estaríamos todos muertos. Abdou Thiam, el cacahuete no nos habría salvado de aquella época y el dinero del cacahuete tampoco nos habría salvado. Para sobrevivir a aquella sequía del demonio, seguro que nos habríamos comido nuestras semillas del año siguiente y habríamos tenido que comprar a crédito a aquellos a quienes habríamos vendido nuestro cacahuete al precio que propusieran. ¡A partir de ese momento habríamos sido pobres para siempre, mendigos para siempre! Por eso, Abdou Thiam, aunque no te vaya a gustar, ¡digo “no” al cacahuete y digo “no” al dinero del cacahuete!»

El discurso de mi padre no complació para nada a Abdou Thiam, que estaba muy muy furioso pero que no lo demostraba. A Abdou Thiam no le había gustado lo más mínimo que mi padre dijese que era un mal jefe. A Abdou Thiam nunca le había hecho gracia que se mencionara su tienda. De modo que lo último que habría querido Abdou Thiam era que su hija Fary se uniese a uno de los hijos de Bassirou Coumba Ndiaye. Pero Fary Thiam decidió otra cosa. Fary Thiam se me entregó en el bosquecillo de ébanos antes de partir yo

a la guerra de Francia. Fary me quería más que al honor inexistente de su padre.

XX

La tercera cosa que le dibujé al doctor François fueron mis siete manos. Las dibujé para poder verlas de verdad, tal como eran cuando las corté. Tenía mucha curiosidad por comprobar cómo me las restituirían las sombras y las luces, el papel y el lápiz de mina, si iban a revivir ante mis ojos tan bien como la cabeza de mi madre o la de Mademba. El resultado superó mis expectativas. Por la verdad de Dios, cuando las hube dibujado creí que acababan de engrasar, cargar, descargar el fusil que sostenían antes de que mi machete las separase de los brazos de los torturados en la tierra de nadie. Las dibujé unas al lado de las otras en el gran folio blanco que me dio la señorita François. Incluso me preocupé de dibujar uno a uno los pelos del dorso, las uñas negras, el corte más o menos logrado de la muñeca.

Estaba muy satisfecho de mí mismo. Hay que decir que ya no tenía mis siete manos. Había pensado que era más razonable deshacerme de ellas. Y además el doctor François había empezado a limpiarme bien el interior de la cabeza de las porquerías de la guerra. Mis siete manos representaban la furia, la venganza, la locura de la guerra. Yo no quería volver a ver la furia y la locura de la guerra, igual que mi capitán ya no podía soportar ver mis siete manos en la trinchera. Así que una noche decidí enterrarlas. Por la verdad de Dios, esperé una noche de luna llena para hacerlo. Sé, he comprendido que no debería haberlas enterrado una noche de luna llena. Sé, he comprendido que alguien podía haberme visto desde el ala oeste de nuestro refugio mientras cavaba en el suelo para sepultarlas. Pero pensé que les debía un entierro bajo el claro de

luna a aquellas manos de los torturados de la tierra de nadie. Los maté con la complicidad de la luna. La luna se escondió para ocultarme a sus ojos. Murieron en las tinieblas de la tierra de nadie. Se merecían un poco de claridad.

Sé, he comprendido que no debería haberlo hecho, pues una vez que terminé de enterrarlas, colocadas en una caja cerrada con mi candado místico, al volver al refugio me pareció ver una sombra deslizarse detrás de una de las grandes ventanas del ala oeste. Sé, comprendí que alguien del refugio debía de haber descubierto mi secreto. Por eso esperé algunos días antes de dibujar mis manos. Esperé a ver si alguien me denunciaba. Pero nadie habló. Entonces, para lavarme con grandes cubos de agua mística el interior de la cabeza, dibujé mis siete manos. Necesitaba enseñárselas al doctor François para que salieran de mi cabeza.

Mis siete manos hablaron, lo confesaron todo a mis jueces. Por la verdad de Dios, lo sé, comprendí que mi dibujo me había denunciado. El doctor François, después de verlas, no volvió a sonreírme como antes.

XXI

¿Dónde estoy? Me parece que vengo de lejos. ¿Quién soy? Todavía no lo sé. Me envuelven unas tinieblas, no distingo nada, pero noto poco a poco que el calor me da vida. Intento abrir unos ojos que no son míos, mover unas manos que no me pertenecen, pero que me pertenecerán dentro de poco, lo presiento. Mis piernas están ahí... Mira, noto algo bajo este cuerpo soñado. Allí de donde vengo, te lo juro, todo está inmóvil. Allí de donde vengo no tenemos cuerpo. Pero, ahora, yo, que no estaba en ninguna parte, me siento vivir. Siento que me encarno. Noto cómo la carne, bañada en sangre roja y cálida, me envuelve. Noto contra mi vientre, contra el que será mi pecho, cómo se mueve otro cuerpo que infunde su calor al mío. Noto cómo entibia mi piel. Allí de donde vengo no hay calor. Allí de donde vengo te juro que no tenemos nombre. Voy a abrir unos párpados que todavía no son los míos. No sé quién soy. Todavía se me escapa mi nombre, pero me acordaré dentro de poco. Mira, el cuerpo que tengo debajo no se mueve ya. Mira, noto su calor inmóvil debajo de mí. Mira, noto de repente unas manos que me palpan la espalda, una espalda que aún no me pertenece del todo, unos riñones que no son los míos para nada, una nuca que no es mía, pero que me apropio gracias a esas manos suaves que me tocan. Mira, las manos me golpean de repente la espalda, los riñones, me arañan la nuca. Bajo los arañazos, ese cuerpo que no era todavía mío empieza a serlo. Te juro que es agradable abandonar la nada. Te juro que estaba ahí sin ser.

Pues ya está, tengo cuerpo. Por primera vez me he corrido dentro de una mujer. Te lo juro, es la primera vez. Te juro que es

muy muy gustoso. Hasta ahora nunca me había corrido dentro de una mujer porque no tenía cuerpo. Una voz venida de muy muy lejos me dice: «¡Es mucho mejor que con la mano!» Esa voz que viene de lejos cuchichea dentro de mi cabeza: «Es fuerte como el primer obús que estalla en el silencio del alba y que te retuerce las entrañas.» Es la voz que viene de lejos la que añade: «No hay nada mejor en el mundo.» Sé, he comprendido que esa voz que viene de lejos es la que me va a dar nombre. Sé, he comprendido, la voz me va a bautizar dentro de poco.

Tengo debajo de mí a la mujer que me ha dado esta gloria de cuerpo. Está inmóvil, con los ojos cerrados. Te juro que no la conozco, no la he visto nunca. De hecho, es ella quien me ha dado ojos para ver al ofrecerse a mi vista. Te juro que veo con unos ojos que no son los míos, que toco con unas manos que no me pertenecen. Es increíble, pero te juro que es la verdad. Mi dentro-fuera, como lo llama la voz venida de lejos, está dentro del cuerpo de una mujer desconocida. Puedo notar el calor interior del cuerpo de esta mujer que lo rodea de arriba abajo. Te juro que tengo la impresión de que habito mi propio cuerpo desde que habito el de esta mujer desconocida. La tengo debajo de mí, no se mueve, tiene los ojos cerrados, no sé quién es. Te juro que no sé por qué ha aceptado acoger mi dentro-fuera en su interior. Es hasta curioso encontrarse tendido sobre una mujer desconocida. Es hasta curioso tener la impresión de ser extranjero en el propio cuerpo.

Veó mis manos por primera vez. Las sacudo, les doy la vuelta a un lado y a otro de la cabeza de esta mujer sobre la que estoy tendido. Tiene los ojos cerrados. Estoy apoyado en los codos. Noto sus pechos rozándome el pecho. Así que puedo observar mis dos manos moviéndose cerca de su cabeza. No me las imaginaba tan grandes. Te juro que creía que tenía unas manos más pequeñas, unos dedos más finos. No sé por qué, pero aquí me veo con unas manos muy muy grandes. Es curioso, pero cuando flexiono los dedos, cuando abro y cierro los puños, se me antojan manos de luchador. Te juro que allí de donde vengo no me parecía tener manos de luchador. Es la vocecita venida de lejos la que me ha

soplado que a partir de ahora tengo manos de luchador. Me deja asombrado. Tengo que comprobar si el resto de mi cuerpo es un cuerpo de luchador. Tengo que comprobar el estado de mi cuerpo que es el mío sin serlo. He de despegar mi cuerpo de la mujer desconocida que tengo debajo. Parece dormida. Es curioso que no la mire demasiado por más que me parezca hermosa. Creo que me gustan las mujeres hermosas. Pero primero tengo que comprobar mi cuerpo para ver si se parece al de un luchador como sostiene la voz que viene de lejos.

Me despego de esta hermosa mujer de ojos cerrados tendida debajo de mí. Es curioso oír el ruido de nuestros dos cuerpos al despegarse. Me entran ganas de reírme. Hace un ruidito húmedo como el de un niño que se saca rápido el pulgar de la boca cuando aparece su madre, que se lo ha prohibido. Esta imagen que viene de lejos me hace reír por dentro. Es curioso también encontrarse tendido junto a una mujer desconocida. Es curioso cómo palpita el corazón rápido al ir a descubrir si el resto de mi cuerpo es como mis manos. Levanto los brazos hacia el techo de la habitación blanca. Los dos brazos; te juro, se diría que son dos troncos de mangos viejos. Dejo caer los brazos a lo largo de mi cuerpo. Levanto las dos piernas hacia el techo de la habitación blanca: te lo juro, se dirían dos troncos de baobabs. Vuelvo a estirar las dos piernas en la cama y me digo que es curioso encontrarse dentro de un cuerpo entero de luchador. Es curioso llegar al mundo en tan buenas condiciones físicas. Es curioso descubrir que uno tiene tanta fuerza. Te juro que no tengo miedo a lo desconocido, que no tengo miedo de nada como un auténtico luchador, pero sin embargo es más curioso nacer en un hermoso cuerpo de luchador junto a una hermosa mujer que en un cuerpo de alfeñique junto a un adefesio.

Yo no tengo miedo de lo desconocido. Te lo juro, ni siquiera tengo miedo de no saber mi nombre. Mi cuerpo me dice que soy un luchador y con eso me basta. Ninguna necesidad de saber mi apellido, mi cuerpo me basta. Ninguna necesidad de saber dónde estoy, mi cuerpo me basta. Ninguna necesidad de nada más a partir de ahora que de descubrir la fuerza de mi nuevo cuerpo. Levanto de

nuevo hacia el techo de la habitación blanca los dos brazos macizos como troncos de mangos viejos. Mis manos se me antojan más alejadas de los hombros de lo que pensaba. Cierro los puños, luego los abro, los cierro y los vuelvo a abrir. Es curioso verse los músculos de los brazos moviéndose bajo la piel. Mis brazos son más pesados de lo que creía, están llenos de una fuerza contenida que me parece a punto de explotar de un momento a otro. Pero no tengo miedo de lo desconocido.

XXII

¡Gracias, señorita François! Por la verdad de Dios, no me había equivocado. Aunque no hable francés, sé, comprendí lo que quería decir la mirada de la señorita François al centro de mi cuerpo. La señorita François no tiene rival a la hora de hablar con los ojos. Sus ojos me avisaron de que tenía que presentarme en su habitación la misma noche en que se habían posado sobre el centro de mi cuerpo.

Su habitación estaba al fondo de un pasillo pintado de un blanco tan deslumbrante que brillaba bajo los rayos de la luna tras cada una de las ventanas por delante de las cuales pasé silenciosamente. Sobre todo no hacía falta que el doctor François supiera que iba a ver a su hija. No hacía falta tampoco que el guardián del ala oeste del refugio me descubriese. La puerta de su habitación estaba abierta. Cuando entré, la señorita François estaba dormida. Me tendí junto a ella. La señorita François se despertó y gritó porque creyó que no era yo. Puse la mano izquierda en la boca de la señorita François, que se debatió y se debatió. Pero, como dice el capitán, soy una fuerza de la naturaleza. Esperé hasta estar seguro de que la señorita François no se movía para quitarle la mano de la boca. La señorita François me sonrió. Entonces yo también le sonreí. Gracias, señorita François, por abrirme tu pequeña raja no lejos de tus entrañas. ¡Por la verdad de Dios, viva la guerra! Por la verdad de Dios, me zambullí en ella como quien se zambulle en la corriente turbulenta de un río que se quiere atravesar nadando furiosamente. Por la verdad de Dios, le pegué unas embestidas como para reventarla. Por la verdad de Dios, noté de repente en la

boca el sabor de la sangre. Por la verdad de Dios, no entendí por qué.

XXIII

Me preguntan mi nombre, pero yo espero de ellos que me lo revelen. Yo te juro que todavía no sé quién soy. No puedo decirles más que lo que siento. Creo al mirarme los brazos como troncos de mangos viejos y las piernas como troncos de baobabs que soy un gran destructor de vida. Te juro que tengo la impresión de que nada se me puede resistir, que soy inmortal, que podría pulverizar peñascos con solo estrujarlos entre mis brazos. Te juro que lo que siento no se puede decir llanamente: las palabras para decirlo son insuficientes. Así que llamo al rescate a palabras que podrían parecer ajenas a lo que quiero decir para que al menos, por azar, a pesar de lo que significan normalmente, puedan traducir lo que siento. De momento no soy lo que mi cuerpo siente. Mi cuerpo intenta hablar por la boca. No sé quién soy, pero creo saber lo que mi cuerpo puede decir de mí. La solidez de mi cuerpo, su fuerza superabundante, no pueden significar en el espíritu de los demás otra cosa que el combate, la lucha, la guerra, la violencia y la muerte. Mi cuerpo me acusa a mi pesar. Pero ¿por qué la solidez de mi cuerpo y su fuerza superabundante no pueden significar también la paz, la tranquilidad y la serenidad?

Una vocecita venida de muy muy lejos me dice que mi cuerpo es un cuerpo de luchador. Te juro que creo que conocí a un luchador en el mundo de antes. No me acuerdo de su nombre. Este cuerpo macizo en el que me encuentro sin saber quién soy quizá es el suyo. A lo mejor lo abandonó para dejarme el sitio, por amistad, por compasión. Eso es lo que me cuchichea una vocecita lejana en la cabeza.

XXIV

«Soy la sombra que devora los peñascos, las montañas, los bosques y las riberas, la carne de los animales y de los hombres. Despellejo, vacío los cráneos y los cuerpos. Corto los brazos, las piernas y las manos. Parto los huesos y les sorbo el tuétano. Pero también soy la luna roja que se alza sobre el río, soy el aire de la noche que agita las hojas blandas de las acacias. Soy la avispa y la flor. También soy tanto el pescado que coletea como la piragua inmóvil, tanto la red como el pescador. Soy el prisionero y el guardián. Soy el árbol y la semilla de la que nació. Soy el padre y el hijo. Soy el asesino y el juez. Soy la siembra y la cosecha. Soy la madre y la hija. Soy la noche y el día. Soy el fuego y la madera que devora. Soy el inocente y el culpable. Soy el principio y el final. Soy el creador y el destructor. Soy doble.»

Traducir nunca es fácil. Traducir es traicionar en el filo, es trapichear, es negociar una frase a cambio de otra. Traducir es una de las pocas actividades humanas en las que uno está obligado a mentir sobre los detalles para contar la verdad general. Traducir es arriesgarse a comprender mejor que los demás que la verdad de la palabra no es solo una, sino doble, incluso triple, cuádruple o quíntuple. Traducir es alejarse de la verdad de Dios, que, como todos sabemos o creemos saber, es una.

«¿Qué ha dicho?», se preguntaron todos. «Esto no parece la respuesta esperada. La respuesta esperada no debía superar las dos palabras, tres como mucho. Todo el mundo tiene un nombre y un apellido, dos apellidos como mucho.»

El traductor parece dudar, intimidado por el vuelo de las miradas severas, cargadas de preocupaciones y cabreos, que se abaten sobre él. Carraspea y responde a los grandes uniformes con una vocecita casi inaudible:

«Él ha dicho que es al mismo tiempo la muerte y la vida.»

XXV

Me parece que ahora ya sé quién soy. Te juro, por la verdad de Dios, que la vocecita venida de muy muy lejos en mi cabeza me lo ha dejado adivinar. La vocecita ha notado que mi cuerpo no podía revelármelo todo sobre mí. La vocecita ha comprendido que tenía el cuerpo equivocado. Te juro que mi cuerpo sin cicatrices es un cuerpo extraño. Los luchadores, los guerreros tienen cicatrices. Te lo juro, por la verdad de Dios, que un cuerpo de luchador sin cicatrices no es un cuerpo normal. Eso quiere decir que mi cuerpo no puede contar mi historia. Eso quiere decir también, esto quien me lo ha dicho es la vocecita de muy muy lejos, que mi cuerpo es el de un *dëmm*. El cuerpo de un devorador de almas lo más probable es que no tenga cicatrices.

Todo el mundo conoce la historia de ese príncipe salido de ninguna parte para desposar a la hija caprichosa de un rey vanidoso. La vocecita venida de muy muy lejos a mi cabeza me la ha recordado. Aquella hija caprichosa de un rey vanidoso quería un hombre sin cicatrices. Quería un hombre sin historia.

El príncipe que había salido todo pintiparado de entre la maleza para desposarla no tenía ni una sola cicatriz. Este príncipe era de una tremenda hermosura y agradó a la princesa caprichosa, pero desagradó a la nodriza de la princesa. La nodriza de la princesa caprichosa había sabido, había comprendido al primer vistazo que el príncipe de tremenda hermosura era un hechicero. Lo sabía, lo había comprendido, porque no tenía ninguna cicatriz. Los príncipes, como los luchadores, tienen siempre cicatrices. Son sus cicatrices las que cuentan su historia. Los príncipes, como los luchadores,

necesitan tener al menos una cicatriz para que los demás hagan un gran relato. Sin cicatriz no hay epopeya. Sin cicatriz no hay gran nombre. Sin cicatriz no hay renombre. Por eso la vocecita de mi cabeza ha tomado las riendas. Por eso la vocecita me ha dejado adivinar mi nombre. Porque el cuerpo que habito, el cuerpo que me han legado, no tiene ninguna cicatriz.

La nodriza de la princesa caprichosa supo, comprendió que el príncipe sin cicatrices era innombrable. La nodriza advirtió a la princesa caprichosa del peligro sin nombre. Pero en vano. La princesa caprichosa quería su hombre sin cicatrices, quería su hombre sin historia. La nodriza le dio entonces tres talismanes a la princesa caprichosa diciéndole: «Aquí tienes un huevo, un pedazo de madera y una piedra. El día que te persiga un gran peligro, tíralos uno tras otro por encima de tu hombro izquierdo. Te salvarán.»

Después de su boda con el príncipe de tremenda hermosura salido todo pintiparado de entre la maleza, llegó el momento de partir al reino de su marido. Pero el reino de su marido estaba en lo desconocido. Cuanto más se alejaba la princesa caprichosa de su pueblo, más se reducía la escolta de su marido, como si la enguliese la maleza. Cada uno iba recuperando su auténtica apariencia: aquel la de una liebre, el otro la de un elefante, una hiena, un pavo real, una serpiente negra o verde, una grulla coronada, un escarabajo devorador de boñigas. Porque el príncipe, su marido de tremenda hermosura, era un hechicero, como había adivinado la nodriza. Un hechicero-león que la mantuvo largo tiempo esclavizada en una caverna perdida en la maleza.

La princesa caprichosa se arrepentía amargamente de no haber escuchado la voz de su nodriza, la voz de la sabiduría, la voz que la advirtió. La princesa caprichosa se encontraba en medio de ninguna parte. Estaba en un lugar sin nombre donde la arena se parecía a la arena, donde el arbusto se parecía al arbusto, el cielo al cielo; un lugar donde todo se confundía, un lugar donde la tierra misma no tenía cicatrices distintivas, un lugar donde la tierra no tenía historia.

Entonces, en cuanto tuvo oportunidad, la princesa caprichosa se escapó, pero el hechicero-león se lanzó a la persecución al instante.

El hechicero-león sabía que si perdía a la princesa perdería su única historia, perdería su sentido, perdería hasta su nombre de hechicero-león. Huida la princesa, su tierra se convertiría en tierra de nadie, ya que era la princesa la que la había suscitado por medio de su capricho. Su tierra no resucitaría sino con el regreso de la princesa caprichosa a su reino-caverna. La vida misma del hechicero-león dependía de los ojos, las orejas y la boca de la princesa caprichosa. Sin ella, su hermosura sin cicatrices quedaría invisible; sin su presencia, sus rugidos serían inaudibles, sin su voz, su reinocaverna se borraría del mundo.

La primera vez que estuvo a punto de atraparla, ella tiró por encima de su hombro izquierdo el huevo de la nodriza, que se convirtió en un río inmenso. La princesa caprichosa creyó salvarse, pero el hechicero-león se bebió toda el agua del río. La segunda vez que estuvo a punto de atraparla, ella tiró por encima del hombro izquierdo el palito de madera de la nodriza, que se convirtió en un bosque impenetrable. Pero el hechicero-león consiguió abatirlo, arrancarlo de cuajo. La tercera vez que el hechicero-león estuvo a punto de atraparla, la princesa caprichosa casi veía el pueblo de su padre y de su nodriza. Tiró por encima de su hombro izquierdo el último talismán, la piedrecita, que se transformó en una alta montaña que el hechicero-león subió y bajó a grandes brincos. A pesar de este último obstáculo místico, el hechicero-león seguía pisándole los talones. Ella no se atrevía a volverse por miedo a tener más cerca la imagen del peligro lejano. Oía el pateo de sus garras golpeando contra la tierra. ¿El hombre-animal corría sobre sus dos piernas o a cuatro patas? Creyó oír su jadeo de salvaje. Oía ya su olor a río, a bosque y a montaña, a animal y a hombre cuando sucedió lo improbable. Un cazador con arco y flechas salió de la nada. El hechicero-león, que brincaba ya sobre la princesa caprichosa, murió de un flechazo en pleno corazón. Fue la primera y última herida del hechicero-león. Gracias a ella, desde entonces podemos contar esta historia.

Cuando el hechicero-león se derrumbó en medio de una nube de polvo amarillo, se oyó retumbar un gran estrépito desde el fondo de

la maleza. El sol tembló, la luz del día vaciló. El reino-caverna, reino del interior de la tierra, se elevaba a la luz del sol. Unos altos acantilados fracturaban estruendosamente el corazón del reino innombrable del hechicero-león. Todo el mundo podía ver los acantilados alzándose hasta en el cielo de la maleza. El reino-caverna fue desde entonces localizable gracias a las altas cicatrices de la tierra. Gracias a ellas se pudo en adelante contar la historia de aquel reino.

El cazador-salvador era el hijo único de la nodriza de los tres talismanes. El cazador-salvador era feo, el cazador-salvador era pobre, pero había salvado a la princesa caprichosa. En recompensa por su valentía, el rey vanidoso casó a su hija caprichosa con el cazador-salvador cubierto de cicatrices. Era un hombre con historias.

Te juro que la historia del hechicero-león la escuché justo antes de irme a la guerra. Esta historia, como todas las historias interesantes, es una historia breve llena de sobrentendidos pícaros. El que cuenta una historia conocida como esta del hechicero-león y la princesa caprichosa puede disimular dentro otra historia. Para ser advertida, la historia escondida bajo la historia conocida debe desvelarse un poquito. Si la historia escondida se esconde demasiado tras la historia conocida, entonces permanece invisible. La historia escondida debe estar ahí sin estar, debe dejarse adivinar al igual que un vestido ceñido color amarillo azafrán deja adivinar las hermosas formas de una muchacha. Debe transparentar. Cuando es comprendida por aquellos a quienes está destinada, la historia escondida tras la historia conocida puede cambiar el curso de sus vidas, empujarlos a metamorfosear un deseo difuso en un acto concreto. Puede curarles de la enfermedad de la vacilación, contra todas las expectativas de un cuentista malintencionado.

Te juro que la historia del hechicero-león la oí aquella noche, sentado sobre una estera tendida en la arena blanca, en compañía de muchachos y muchachas de mi quinta, al amparo de las ramas bajas de un mango viejo.

Te juro que, como todos aquellos que escucharon aquella noche la historia del hechicero-león sin cicatrices, supe, comprendí que Fary Thiam se la había aplicado a sí misma. Lo sé, lo comprendí cuando Fary Thiam se levantó para despedirse de nosotros. Sé, comprendí que Fary se burlaba del hecho de que la vieran como una princesa caprichosa. Sé, he comprendido que deseaba al hechicero-león. Cuando Alfa Ndiaye, mi más que hermano, el hombre del tótem león, se levantó a su vez, poco después que Fary, supe, comprendí que iba a buscarla en la maleza para unirse a ella. Supe, comprendí que Alfa y Fary se encontraron en el bosquecillo de ébanos no muy lejos del río en llamas. Fary se entregó a Alfa antes de que nos marchásemos los dos al día siguiente a la guerra de Francia. Lo sé porque estaba allí abajo sin estar, yo, su más que hermano.

Pero ahora que lo pienso con detenimiento, ahora que me doy la vuelta sobre mí mismo, por la verdad de Dios, sé, he comprendido que Alfa me cedió un lugar en su cuerpo de luchador por amistad, por compasión. Sé, he comprendido que Alfa oyó la primera súplica que le dirigí desde las profundidades de la tierra de nadie, la noche de mi muerte. Porque yo no quería quedarme solo en medio de ninguna parte bajo una tierra sin nombre. Por la verdad de Dios, te juro que en el instante en que nos pienso, ahora sé que él es yo y yo soy él.

NOTAS

[1] «El derecho de burla [*parenté à plaisanterie* o *sanakouya*] es una práctica social que autoriza a los miembros de una misma familia o miembros de ciertas etnias a burlarse o a insultarse entre sí, sin que de ello se deriven consecuencias», Salvador Garrido Soler, «El papel de la historia en la fundamentación de los derechos humanos: las cartas de Mandén y Kurukan Fuga y su posición en el sistema africano de protección de los derechos humanos», *Universitas. Revista de Filosofía, Derecho y Política*, n.º 16, julio de 2012. (*N. del T.*)

[2] «Diéri» designa las tierras no inundables del valle de un río, a diferencia del «walo», compendio de tierras cultivadas en la parte inundada anualmente por el río. El diéri senegalés se encuentra a lo largo del río Senegal, aproximadamente entre Dagana y Matam. (*N. del T.*)

[3] *Daba*: especie de azuela de uso habitual en el mundo agrícola del África Occidental. (*N. del T.*)